

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

DISCURSO

LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR EL

EXCMO. SR. D. LUIS DE HOYOS SÁINZ

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. EDUARDO HERNÁNDEZ-PACHECO

EL DÍA 1 DE DICIEMBRE DE 1943



DOMICILIO DE LA CORPORACIÓN:

VALVERDE, 22, MADRID

Teléfono 12529

1943

RACIOLOGIA PREHISTORICA ESPAÑOLA

DISCURSO

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON LUIS DE HOYOS SAINZ

EXCELENTÍSIMO SEÑOR, SEÑORES ACADÉMICOS, SEÑORES Y SEÑORAS:

En esta recepción la justicia va precedida de la gracia, pues ya sé yo que no faltásteis a la primera al elegirme por unanimidad de la Sección, pero también proclamo que fué más determinante la gracia al concederme, no la máxima, sino la óptima honra de mi vida científica. Por justicia pagásteis con creces mi firme y constante voluntad en el cultivo de la Ciencia; pero por gracia valorásteis en más largueza la congrua de mi haber en la cantidad y en la esencialidad de mi cosecha. Pero si ésta fué parva, yo os aseguro que no lo fué por flaqueza de intención, y aun diré de ambición, al producirla, sino por carencia de aquellas eximias cualidades del intelecto, que si no nos son dadas no llegamos a poseerlas, a pesar de la afirmación en contrario de aquel mi maestro *in genero*, de vuestro compañero D. Santiago Ramón y Cajal, padre de todos en la ciencia española.

Y al rendiros mi gratitud, llegue ésta al glorioso espíritu del primer firmante de mi propuesta, Cajal, y a los compañeros de la Sección de Naturales, que pasaron a perdurable

vida, el Sr. Conde de Gimeno, el R. P. Agustín Barreiro y a los Sres. D. Bernardo Sagasta y D. Florentino Azpeitia.

MI ANTECESOR

Si una agradecida amistad no me hubiera unido a mi antecesor, Ricardo García Mercet, y no fuera de protocolo obligado rendirle el más valioso de los tributos, que es presentar su obra, disculpárame yo de hacerlo, limitándome a rogaros que leyérais las páginas a él dedicadas en el discurso de presentación en la Academia, a la exposición de la obra y enjuiciamiento de la misma. Y completo quedaba el conocimiento de la vida y labor de Mercet, remitiendo a los que me escuchan o me lean a la metódica y completa bibliografía trazada por el Sr. Dusmet, hoy vuestro compañero, para el *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*.

Maestro y compañero perpetuaron la labor científica y, en parte, la social y privada del biografiado; pero permitirme destacar la silueta —perfil dicen hoy— psicológica y patriótica de aquel buen amigo, sacando a primer término aquel espíritu metódico para la comparación y la ordenación, es decir, de naturalista. Continuo y fluente en el proceder, como Ostwald define a los grandes trabajadores, equilibrado en la modestia, no externa y sobrepuesta miméticamente a un orgullo de fondo que es género abundante en los cultivadores de la Ciencia, en oposición a esa vanidad, a veces forzada para sostener el tipo, también abundante en los cultivadores del Arte.

Por eso Mercet llevó más las cargas que ostentó los cargos, y salvo este de académico, destacado por su relieve social, prestóse con modestia, rayana en el sacrificio, a ser largos años Secretario de la meritísima Sociedad Española de Historia Natural, y no pocos, y hasta su muerte, de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Y en ambas la tarea era en muchos de sus momentos ingrata, pues desde la organi-

zación de las publicaciones, con la terrible pena de la corrección de pruebas, y aun de estilo, y yo puedo añadir que aun de conceptos, a las que muchas veces llegó en beneficio de autores impreparados o demasiado fáciles en el redactar, que no conocieron o no agradecieron la mejora de su producción.

“Fuí —dice en su discurso de ingreso— un burócrata o un operario de laboratorio, cuya actuación sólo es conocida de mis compañeros de cuerpo.” Y esto hay que transportarlo de la clave de su modestia a la de la realidad patriótica y científica. En la primera, no sólo sirvió a su Patria con la espada, sino con la inteligencia movida por el amor, y prueba plena de ello fueron sus campañas de propaganda, fundamentalmente periodísticas, llevadas a cabo desde 1883 hasta nuestra retirada del Archipiélago filipino en *El Comercio*, *La Opinión* y *La Gaceta Española*, y cuando, en plena liquidación del desastre, quiso mantener en aquellas islas, si no la bandera, sí el espíritu y la tradición hispana, dirigiendo *La Oceanía Española*; suprimida ésta por la jurisdicción militar norteamericana, funda *El Progreso*, y tal pareció su eficacia a los invasores, que Mercet fué eliminado de la Comisión Militar y enviado a España, perdiendo la actividad de su empleo y sufriendo los subsiguientes daños en su vida privada y familiar. Pero, fecunda semilla, en ella quedó el germen, que ha seguido aventando, para que los filipinos lleguen a una liberación estatal, conservando una cultura y una vida social profunda y honradamente hispánicas.

Científicamente culminan en Mercet vocación y aptitud, los dos pilastrones únicos para vencer en una empresa; destácase la primera, no sólo por la iniciación de sus aficiones entomológicas, sino por la vuelta a las mismas, tras obligados años de abandono de ellas.

Comenzó Mercet sus publicaciones en 1902, es decir, en plena madurez de cultura y de juicio, confirmando aquella calificación que antes hice, y las siguió hasta su muerte, ocurrida el 12 de mayo de 1933, por una serie ininterrumpida, conti-

nua, fuente en 120 trabajos que ampliaron y perfeccionaron el haber de la Entomología española, culminando su obra en la publicación del gran volumen *Fauna Ibérica. Himenópteros. Familia Encírtidos*, que se calificó “como el monumento más considerable que se ha levantado en nuestro país a la Entomología”, en la que no sólo por describir 220 especies, sino más aun por ser nuevas, creadas por él más de un centenar, es tal vez uno de los casos de más honda investigación que en la descriptiva zoológica pueda citarse.

Ciencia pura y aplicada creóla Mercet, tanto en el campo como en el laboratorio, pues fué viajero, y por ello naturalista, no sólo en los quince años del Archipiélago filipino, sino en el Africa marroquí y en toda España, y esto le dió un criterio que trascendía en sus conversaciones y que es pena no haya perdurado en algún escrito.

Y nada más, en una ofrenda a esta vida de setenta y tres años de constante trabajo, pues que nació en Bilbao en 1860, aunque esto no suponga una característica vasca, pues por su espíritu era un madrileño con un ingenio atractivo y optimista, admirado siempre por sus compañeros del Cuerpo de Sanidad Militar, en el que ingresó por oposición en 1882, llegando a Coronel, aunque esta jefatura ejercíala más por la autoridad moral y científica que por las insignias del uniforme. Esta opinión la compartiréis vosotros, pues en sus doce años de vida académica seguramente os dejó un recuerdo plácido y admirativo de las cualidades primarias y esenciales del caballero, completadas por las del sabio.

EL TEMA

La primera preocupación de todo recipiendario nace de la responsabilidad de su misión, iniciada por la ofrenda que en su ingreso presenta, es decir, el tema de su discurso. Mas yo pronto deseché dos o tres motivos de investigación, demasiado

biológico uno, como el que a la Seroantropología de España atañe, o sea, el valor y reparto de los grupos sanguíneos en nuestra nación.

Aunque casi redactado también, he prescindido de un atractivo estudio acerca de la “Antropología y los nacionalismos en España”, estimando que si en alguna ocasión la Antropología podía y debía intervenir con su aportación objetiva a las discusiones y aun luchas de valor histórico, era la presente. Y aún completaré el podía y debía de la Ciencia con el quería de su cultivador, pues toda la trayectoria sentimental de mi vida servíame de acicate para este intento de prueba de un españolismo integral y absoluto. Pero dudé entonces si alguien, por las conexiones y ampliaciones de prueba que exigía, pudiera estimarle fuera de nuestro concreto coto académico, ya que era inseparable su relación con los problemas de la Historia y de las Ciencias Morales y Políticas. Por ello, decidíme a desarrollar en rápida cinta sonora, ya que no gráfica, un anticipo de extenso y estudiado trabajo —síntesis de cuarenta años de investigaciones craneológicas— acerca de la “Raciología Prehistórica hispana”, o sea, de la base y comienzos de nuestra antropología.

La raciología prehistórica española, que es concretamente el fin de este trabajo, es simplemente la iniciación del conocimiento antropológico del hombre español, por sí mismo, o sea, por sus restos, quedando fuera al acotar el campo toda la espléndida aportación que la Prehistoria, en su fase arqueológica, ha recogido y estudiado, pero utilizando, para este primer cuadro general, que en nuestro país se publica de síntesis paleoantropológica, todos los restos osteométricos que en museos y colecciones existen en España, amén de los españoles que se conservan en laboratorios extranjeros.

He querido, concretando el tema a su faceta histórico-natural, liberárle de las posibles discusiones de criterios arqueológicos, que son a la postre los que fundamentan la casi totalidad de los trabajos denominados prehistóricos, que han

de correr paralelos a los antropológicos, pero regidos aquéllos por criterios y métodos artísticos y aun estéticos, y éstos por métodos plenamente dentro de la biología morfológica o funcional, y que caen por tanto en la plena jurisdicción de nuestra Academia, que naturalmente ha de compartir con otras el estudio de los problemas de la Prehistoria, ya que siempre quedarán también para vuestro dominio las bases geológicas y geográficas de la vida y evolución del hombre sobre la tierra, como lo proclamó Menéndez y Pelayo en su introducción a la *Historia de los heterodoxos*, al defender la digresión sobre Geografía antropológica de España, declarando que “no era posible considerar aspecto alguno de la Historia, y menos de la Prehistoria, sin atender a la constitución fisiológica del hombre, que es sujeto de ellas, y que ni siquiera nos ha dejado su nombre, pero sí las reliquias de su esqueleto”. Y bien visto estaba por Menéndez y Pelayo el carácter y orientación que había de tener este trabajo, pues en puridad es una Paleogeografía humana, ya que su fin es fijar en cada región peninsular al hombre que en ella vivía dentro de una determinada época.

No cabe aquí la discusión acerca del valor de la raza, que puede crear una dificultad más aparente que real, pues que la raza existe es axioma para científicos e iletrados, estando la discusión limitada al valor taxonómico de esta realidad y los límites extremos de la misma por los tránsitos que entre ellas pueden establecerse dentro de una especie. Lo que no existen son razas puras, y esta afirmación la siente para la propia Europa el Profesor Barón de Eickstedt en su erudita obra *Passenkunde*, aunque ya era estimada por todos los antropólogos al aparecer la multiplicidad de ellas en Europa, coincidiendo con los albores de la época actual en Geología.

Sin proponérmelo como fin, he realizado un deber de justicia para la historia de nuestra ciencia en España, reivindicando siempre con pruebas el trabajo y valor de los investigadores españoles del siglo XIX, desconocido o atenuado por extranjeros o extranjerizantes, que cuando menos olvidaron las in-

fluencias del medio social y cultural en aquella época heroica en que antropólogos y prehistoriadores carecían de la verdadera protección, incluso económica, que posteriormente ha facilitado las investigaciones prehistóricas. Por ello destaco los atisbos o intuiciones, muchas de ellas actualizadas o comprobadas posteriormente, de aquellos catedráticos e ingenieros como Graells, Prado, Vilanova, Saavedra, Góngora, Olóriz y Antón, entre otros, y de aquel médico militar Luis Sánchez.

LA ETNOGENIA ESPAÑOLA Y SUS FASES

Es la Etnogenia un proceso continuo que representa el crecimiento y formación racial de las razas y pueblos; y como fenómeno biológico que es, cambia de ritmo y varía de forma e intensidad, presentando períodos destacados de variaciones que pudiéramos llamar espectaculares, producidas por éxodos, invasiones y conquistas, que llegan a veces a la sustitución plena de unas razas o a la variación cuantitativa de otras. Otros períodos que suelen en un análisis muy superficial no estimarse como procesos etnogénicos por su ritmo y variación lentos y carencia de exterioridad, como son las infiltraciones e impregnaciones raciales por colonias, inmigraciones aisladas o simple contacto de pueblos entre sí, corresponden a épocas de vida normal en Antropodinámica, pero son tan eficaces por su perduración como los cambios rápidos, y actúan además fijando las variaciones iniciadas por éstos.

En la Etnogenia española, a partir de los orígenes de los primeros habitantes, pueden distinguirse perfectamente diversos períodos o acciones que es preciso analizar en la posible separación de cada uno de ellos. Constituye el primero el que puede llamarse de creación de las razas o estabilización de las mismas; es pura y exclusivamente antropogénico y se desarrolla en todas las edades prehistóricas y gran parte de las

protohistóricas, y a la primera fase del mismo que abarca la aparición del hombre fósil y el paso de éste a la actual constituyendo el período denominado en sentido estricto Prehistoria, hemos de limitar este trabajo. El período protohistórico, es decir, con pueblos bautizados para la Ciencia, iníciase al distinguir las dos razas con que comenzábamos el estudio de la Historia los estudiantes de mi generación, o sean, los iberos y los celtas, aunque por el común sentir la actuación en España de este último pueblo inicia el segundo período, que es el que puede llamarse de los *pueblos*, y que corresponde con cierta amplitud de criterio al de las *invasiones*, retrotrayendo éstas y ampliando el sentido de las que constituyen las invasiones históricas.

El tercer período, constituido por el de las tribus, establece la transición de la Prehistoria a la Historia, y es el que permite señalar con cierta correspondencia entre la tierra y el hombre el reparto peninsular de las diversas poblaciones que ocupaban su área.

Coetáneo, ciertamente, con el período de las tribus está el de las *colonias*, intrusiones minúsculas, pero de constante acción desde la Prehistoria, y con él termina el proceso que puede estimarse de los pueblos autóctonos, que formaban la trama racial sobre la que se ha superpuesto la urdimbre o hilaza de las aportaciones posteriores que, en realidad, no han hecho más que reforzar aquellos protogénicos elementos de nuestra nacionalidad, igualmente los dolicocefalos africanos que los de origen nórdico y los braquicefalos del Asia Menor o los alpinos.

La conquista romana establece en España el hito, o mejor, los linderos de lo aborigen y lo extranjero, y a pesar de su duración y acción cultural perdurable, su influencia etnogénica fué muy limitada, pues ya los pueblos del Lacio eran mezclados, y más vinieron a España sus legiones de extranjeros como masas que los ciudadanos romanos como directores. Por ello, no se ha llamado invasión a la conquista romana, y se

estima que el período de las invasiones iniciase con la de los bárbaros o pueblos del Norte, que trajeron a España, con alguna estirpe nueva, un refuerzo de los rubios de cabeza alargada, que desde la expansión del Grog-Magnon en la Península y su paso hacia el Africa, formaba parte de la genealogía ibérica.

En el moderno criterio etnológico el concepto de invasiones de los bárbaros es el romano; es decir, el del extranjero, y por ello las árabes o afro-asiáticas son estimadas conjuntamente con las visigodas; y es inútil decir que no hicieron más que reforzar y en principio destacar las dos corrientes o razas originarias: la de los libioiéricos o berberiscos, o africanos del Norte, que constituían la masa numérica, y la de los siroárabes que, de igual modo que en las intrusiones romanas, eran los señores y jefes, escasos en número, pero dominantes en cultura, y de modo análogo la visigoda reforzó a los primitivos nórdicos o cro-magnones en el Reino de León, fundamentalmente, y más tarde con la perduración de los mal llamados eslavos en el litoral mediterráneo, aunque a nuestro modo de ver más en Cataluña que en la zona media e inferior de la costa, y tal vez, pero esto sigue siendo problema, en los grupos aislados de los Pirineos oscenses, donde perduran rubios que exigen una investigación antropológica, porque en ellos está la clave de la distinción de la progenie germana, como pretenden los autores alemanes, o de su origen del Norte de Africa, como iberoides depigmentados, según afirman otros.

Con un criterio de simplificación se ha estimado terminada al iniciarse la Reconquista la Etnogenia o modificaciones raciológicas en España; pero al más somero análisis, y aun a la simple consideración de que la vida de un pueblo es una función continua en su cambio racial como la del individuo hasta su muerte, salta la necesidad de continuar la investigación, pues toda la Reconquista fué un proceso de mezclas étnicas iniciadas de sur a norte, y continuadas durante siete siglos en sentido inverso, hasta estabilizar, en lo que puede admitirse

este concepto, la repoblación peninsular, que fué la más eficaz fuerza de homogeneización y de unificación somática y espiritual de España, y en este capítulo habría que incluir la incorporación a la Etnia nacional de los gitanos, cuya fecha exacta de entrada en España se conoce.

Mas no termina el proceso etnogénico al iniciarse la Edad Media, pues continúan las *infiltraciones* de extranjeros ya comenzadas desde los primeros Reyes de León por venida de cortesanos y jerarcas que aquí quedaron como servidores de princesas extranjeras; de alarifes y artesanos de todo género que fueron llamados para trabajar en nuestras ciudades al servicio del Rey o de la Iglesia; de mercaderes, que transitoriamente en las ferias y permanentemente en las villas, se establecieron y fijaron en nuestra Patria, dejando todos ellos incorporada a la sangre nacional la de los países y estirpes de que procedían.

No hay sólo hechos positivos en la Etnogenia de un país, pues a los procesos de suma y adquisición de elementos extraños únense, y los complementan, los de sustracción o segregación de los propios o adheridos. Hay, pues, que considerar en el balance racial las emigraciones y expulsiones de grupos sociales o sectas religiosas que rebajaron las unas las cifras de nuestra población en los varios millones calculados para la colonización americana, sin olvidar las Filipinas en el Pacífico, y el constante flujo y reflujo entre nuestras costas mediterráneas y las zonas africanas, linderas del mismo mar. No hay, por fin, que olvidar que las expulsiones de los judíos, muy tempranamente iniciadas, y la de los moriscos en diversas fechas realizadas, segregaron de nuestro tronco las líneas semíticas y las más puras de arábigos que en él estaban injertadas. La segregación de elementos peninsulares se inició con los propios iberos, que como mercenarios fueron a todos los bordes del Mediterráneo, como ha demostrado en sus eruditos trabajos el Profesor García Bellido; pero el éxodo fundamental fué realizado hacia América, en el que, aparte de la cantidad, dis-

cútese la calidad y acción de los emigrantes desde que Cervantes escribió en *El celoso extremeño*: “Se acogió al remedio que a otros muchos perdidos en aquella ciudad (Sevilla) se acogen, que es el de pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, a quien llaman ciertos peritos en el arte añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos.”

Queda, pues, sentado que la Etnogénia no es el proceso que se hizo, sino el que se hace y se hará, aunque falten los grandes hechos espectaculares de la Historia, sustituidos por los infinitos en número y constantes en actuación que caracterizan el cambio y aun la formación y perfeccionamiento de una estirpe nacional. Pues esta última fase, nacida de la investigación científica, actúa hoy tal vez de un modo prematuro y alguna vez sin contacto con el criterio del catolicismo en algunas naciones que, por motivos políticos, sociales y aun higiénicos, dictan leyes y realizan hechos tendentes a la depuración de la raza.

Hablaremos luego como complemento de estas ideas de lo que bajo el concepto de Biodinámica humana, o mejor, Antropodinámica social, de cómo continúan actuando los procesos etnogénicos y mezcladores de nuestras estirpes regionales hacia una fusión o unidad racial, que puede y debe acelerarse por cuantos medios sociales y legales tienden a realizarlo.

BASE OBJETIVA DE LA ETNOGENIA PREHISTÓRICA.

Bastaría recordar la distinción entre la Antropología física; en sentido estricto, o Raciología de los modernos autores como estudio directo de los grupos humanos, y la Etnografía o investigación de su cultura material y espiritual para percibir la distinción clara entre las dos ciencias; y tratando de tiempos pretéritos, señalar la diferencia entre la Paletnología

que estudia los hombres del pasado, y de la Arqueología prehistórica, que analiza los objetos y obras por ellos creados para deducir que la base única de la Etnogenia o sucesión de razas está en el estudio de los materiales intrínsecos de los mismos, o sea, de sus restos.

Destaquemos en honor a la orientación cultural de nuestra Patria que el más antiguo documento que atestigua la supremacía de los restos humanos para el conocimiento de los pasados hombres, es ciertamente el que figura en las *Relaciones geográficas*, de Felipe II, mandadas hacer en 1574 bajo las instrucciones de Ambrosio de Morales, o más ciertamente, de Juan de Ovando, en cuyo artículo 52 se dice a la letra: “si alguna persona natural o forastera hubiere hallado en los términos del pueblo algún tesoro de monedas de qué metal y figura, y si se habían encontrado instrumentos de metal o barro y *huesos de hombre agigantados o de estatura regular, petrificados*”. Clara está la intuición de la Prehistoria, y concretamente la existencia del hombre fósil tres siglos antes de que estas ciencias se constituyeran en Europa.

No ya la necesidad de tener en cuenta los restos humanos, sino la exclusividad de los mismos para la determinación de las razas figura en las afirmaciones que transcribimos de los más autorizados paletnólogos, verdaderos creadores de esta ciencia. El Profesor M. Boule, autor del más divulgado libro, *Les hommes fossiles*, dice que “las investigaciones deberán ser dirigidas con la visión bien clara de los grandes problemas antropológicos, y no solamente para rebuscar objetos que forman las colecciones arqueológicas”; y hablando del reparto racial añade que su cuadro “se apoya exclusivamente en la noción de la raza, en el sentido real de la palabra y de ningún modo en el que le dan demasiado generalmente los historiadores y aun algunos antropólogos; se define por el sentido de los naturalistas, más conformes con las leyes biológicas, y por tanto más explicativos”. A este criterio se une, en reciente trabajo, el Profesor de Oporto, Mendes Correa.

El antropólogo, en su más extenso sentido, Profesor Giuffrida Ruggieri, de Bolonia, dió como el primero y más esencial valor para fijar las razas prehistóricas a la Paleantropología, aunque le sirvan de eficaz ayuda para su correlación con las culturas y fijación en el tiempo de la prehistoria tipológica y la estratigrafía geológica. El primer antropólogo americano y gran anatómico, Ales Hrdlicka, escribe, en su gran libro *The skeletal remains of early man*, que “para basar las razas prehistóricas sirven sus propios restos más que las obras y objetos de la cultura, y aunque los datos de cronología estratigráfica, exactos para colocarlos en el tiempo, pero no para determinarlos como raza”.

No transcribimos más opiniones de antropólogos extranjeros en demostración de cuál es la base esencial de la Etnogenia y nos limitamos a consignar lo dicho por los más autorizados cultivadores de esta ciencia en España. Olóriz escribía: “El único modo, no ya científico, sino racional, de conocer las razas de un país o nación, es estudiar a sus hombres; por eso realizamos este trabajo, para intentar el conocimiento de las de España.” Obermaier, al terminar el análisis y expurgo de los restos cuaternarios, declara que “la Antropología podrá, y sobre todo en el futuro, rehabilitar como cuaternario más de uno de estos fósiles, cuya edad el geólogo no puede determinar hoy por sí solo de un modo infalible, por ser insuficientes las indicaciones respecto a su estratigrafía”. Aranzadi escribe en su *De Antropología de España*: “Tampoco es ocasión ésta de tratar de los entes de razón creados por los protohistoriadores para soporte de las civilizaciones por ellos estudiadas y de los residuos de idiomas cubileteados por los mismos; como fueron los *ligures e iberos de carne y hueso*, en sus *huesos* se ha de estudiar y no en los conocimientos bibliográficos.

Nuestro personal criterio en este asunto le dimos al publicar la segunda edición de la *Etnografía*, en el primer año del siglo, de la que transcribimos: “Se ha llegado con verdadera imprudencia a la creación de razas y tipos craneanos con falta

de documentos y relaciones, fundando a veces una raza en un trozo de cráneo, no siempre bien conservado y muchas veces incompletamente datado, por lo cual, más que acabados descubrimientos, pueden y deben considerarse las razas cuaternarias como exploraciones un tanto atrevidas, de más valor por los futuros resultados que por los rendimientos actuales.”

Forma la base objetiva de este ensayo el estudio de todos los restos osteológicos, fundamentalmente cráneos —que se han encontrado en España—, directamente por nosotros o en unión de T. de Aranzadi hasta 1915, en las colecciones del Museo Antropológico y de la Facultad de Medicina de Madrid, ampliadas por el conocimiento de la casi totalidad de los restos que se conservan en las colecciones de provincias y en los museos extranjeros. Añadimos a nuestro protocolo los estudios realizados por antropólogos extranjeros, y principalmente españoles, como Antón, Barras y otros que se citarán al utilizar sus respectivas monografías, lo que nos permite llegar a un número total de 80 yacimientos con restos utilizables, que es precisamente la mitad de los descritos como conteniendo esqueletos enteros o cráneos aislados, de cuyos yacimientos hemos podido estudiar unos trescientos cráneos en series naturalmente diferentes desde un solo ejemplar hasta 70 en las diversas estaciones; relación que demuestra claramente la falta de preparación completa, es decir, arqueológica y antropológica en los exploradores de dichos yacimientos, que ya hace años señalaron para España, Cartailhac y Salmón al publicar el ensayo de síntesis sobre la Prehistoria el primero, y su análisis de los cráneos neolíticos el segundo.

Ante la aparente uniformidad de los restos humanos, y especialmente de sus calaveras o cráneos, puede haber la duda de si hay modos o medios de distinguir, no las grandes razas o divisiones del género humano, sino las variedades, subrazas o grupos entre sí, incluídos dentro del gran tronco de la clásica raza blanca o caucásica y, más concretamente, de los grupos que en la etnogenia hispana intervienen.

En Antropología, y más especialmente en Craneología, se cumple aquella gran ley establecida por Cajal de que en la naturaleza no hay nada accesorio, pues el más nimio detalle es esencial si se alcanza a distinguir en él el interés y trascendencia de su significación; por eso, como ciencia de detalle, lo más secundario y accesorio de una estructura o forma anatómica caracteriza y determina a veces una variedad humana, como el *thorus*, o arco frontal, a la raza neandertaloide; la órbita cuadrada, a la Cro-Magnon, y tantos otros que pudiéramos citar.

Bástanos recordar que la Antropología dispone de los tres grandes métodos de investigación; los descriptivos, los gráficos y los métricos, habiendo llegado al límite de la fecundidad científica al aplicar estos últimos al medir, relacionar y generalizar los valores absolutos o medidas tomadas directamente en el cráneo o en los huesos relacionados entre sí por los diversos algoritmos de la matemática, lo que multiplica el valor determinativo al establecer una relación que, como los índices, esquematiza una forma por sus dos o tres dimensiones, o los módulos, que nos dan tan clara idea de las magnitudes, aplicando especialmente nosotros el método de las relaciones modulares, que dimos a conocer en la Revista de esta Academia en 1915, y que ha sido uno de los trabajos españoles que ha difundido el conocimiento en el mundo antropológico de la *Crania hispana*. Como último ejemplo citemos la aplicación de los valiosos elementos del triángulo facial, que hemos hecho aplicando el método del Profesor Aranzadi en todos los casos posibles.

LAS RAZAS DE EUROPA Y LAS DE ESPAÑA

No como hipótesis que oriente el desarrollo de este trabajo, sino como simple anticipo de sus resultados, me interesa daros los dos conceptos fundamentales que resultan de la compa-

ración de nuestros grupos étnicos con los de otras naciones de Europa, y el modo sintético con que los antropólogos extranjeros han visto nuestra constitución antropológica.

Sería inútil, por innecesario, buscar el contraste o el parecido con Estados y Naciones evidentemente fuera de la órbita geográfica o de la humana de nuestro país. Así todo el mundo creará, sin aportación de prueba, que Rusia, limitada, claro es, a la europea, resulta un policromo mosaico si se viera en un mapa etnográfico con los colores de diversa intensidad o matiz de sus variedades raciales. A igual concepto de heterogeneidad racial nos llevaría la cuasi Península balcánica y sus zonas limítrofes danubianas, pues fueron en todo el pasado siglo, y han sido en lo que va del presente, avispero de conflictos por las minorías étnicas, lingüísticas y religiosas, a quien hay que proteger o sujetar.

En el sentido opuesto, evidentemente más homogéneo que España, están los países escandinavos o los pequeños Estados como Holanda, aunque no Bélgica, a pesar de su reducida área, con su dualidad flamenca y valona, y menos la Suiza, tripartita por razas, lenguas y religiones.

Por la similitud y paralelismo geográfico, es la hermana Italia la que más nos interesa comparar. De Zampa, en sus *Crania vetera*, extraemos el primer aserto de que las calaveras italianas tenían mayor amplitud de variación por el fundamental índice cefálico que las españolas; confirmaron y ampliaron a otros caracteres este polimorfismo racial Puglia Livi, Sergi y sus discípulos la heterogeneidad étnica, que se sintetiza con la fuerza que da el número en la oscilación provincial de 75 a 85, que no alcanzamos como oscilación de valor medio de nuestras provincias.

Francia, la otra hermana latino-mediterránea, que ha sido dada como tipo y patrón de unidad, hace casi un siglo permitía escribir a Widney: "Si la Francia fué desde miles de años compuesta de varias nacionalidades..., ha resultado después una unidad nacional tan compacta que todas sus partes forman

hoy los miembros de una misma familia.” Esta misma tesis es hoy la del Profesor del Instituto Católico de Toulouse, M. M. Gorce, en su libro *La France au-dessus des races*, al proclamar que el patriotismo es una mística, y por ello su fuerza es perdurable e irresistible.

Por su insularidad y el conocido orgullo de su raza puede parecer Inglaterra como norma y patrón de un país unificado racialmente; pero, al ponerlo en duda su problema irlandés nos trae retuerzos para destacar su complejidad inicial, más o menos arcaica, como lo demuestra que toda Europa ha llegado allí, no sólo lo nórdico próximo y lo alpino no lejano, sino lo mediterráneo y hasta lo etiópico, por la propia corriente de emigración iránica que lo trajo a España, señalada por la erudición de Schulten. Todo ha llegado y mucho ha quedado, a pesar de afirmar Madisson Grant que la invasión anglosajona exterminó a todos los indígenas autóctonos, o al menos anteriores a ella. Si a esto oponemos la opinión de Kemble y la de Dixon, y la de los investigadores contemporáneos, ese espléndido aislamiento racial del Reino Unido no es defensa contra mezclas o intrusiones, bien comparables a las de nuestro país, aunque fueran posteriores en el tiempo y en algunas cosas menos intensas por el número y la masa.

Cerremos esta revisión de limpieza de sangre con algunos datos acerca de Alemania, que representa hoy la busca del abuelo noble con más de 16 apellidos, exigidos por los genealogistas, y si ello no fuera en lo pretérito plena prueba de hidalguía racial, lo será en lo futuro, comenzando en el presente por la eliminación de las intrusiones en busca de una raza tan pura como lo fuera en su origen. Mas para no variar de sistema, busquemos en las propias tablas de valores y relaciones del Profesor de Munich, R. Martin, que constituirán por algún tiempo el *corpus antropologicae*, los datos relativos a la Alemania *in extenso*, a la Magna Germania, y veremos que la amplitud de oscilación en los términos representativos de las regiones étnicas es, al menos, igual y casi siempre es mayor que a

la que a España corresponde, pues bávaros, wurtemburgueses y gente de Baden, o sajones, ribereños del Báltico o habitantes del Rin o de la Prusia oriental, las variaciones no son inferiores a las más crecidas de nuestras zonas opuestas. Y esto sin estimar los grupos que en Tirol y Alpes, y montañas orientales de Austria y llanuras iniciales de las estepas danubianas no pueden admitirse en un grupo estrictamente teutón, como los actuales raciólogos le denominan.

El complejo racial español visto por los extranjeros.—A la riqueza facetal que por su fisiografía hace de España un país de contraste en el paisaje y variación de clima, era de esperar que los extranjeros completaran la variedad con la de las gentes, y resulta la primera enseñanza para el conocimiento de nuestra población, que a los contrastes de la tierra oponen la analogía de los hombres, destacando, salvo contadas excepciones, que viajeros, geógrafos y antropólogos señalan el factor común del español, prototípicamente representado por el castellano, cuando no estilizado en el andaluz.

El hecho es que, frente al siciliano, al calabrés o piamontés en Italia, científicos y literatos, investigadores y artistas, dan como producto de su estudio o su impresión un todo uno de nuestra constitución somática y hasta psíquica, y Verneau, en libro ya histórico, refuerza su opinión de naturalista con la de los impresionistas literarios; refuerzo que yo estimo justo, pues el Arte tiene intuiciones y previsiones anteriores, y aun a veces superiores a las de la Ciencia, y en nuestra literatura recordamos la frase descriptiva de un negro hecha por Quedo, “y apareció un hombre, cabeza de borlilla, nariz espachurrada y hocicos góticos”, frase que no puede mejorar ninguna lata y analítica descripción científica.

Concediéndome el lector un margen de crédito en la búsqueda de opiniones confirmatorias de esta tesis, transcribiré lo que el actual Profesor de Antropología de París, M. Montandon, y el más vulgarizado de los maestros alemanes, el Doctor Gunther, escriben acerca de la homogeneidad de nuestro

pueblo: “Basta atravesar España en cualquier dirección —dice el primero— para convencerse de la homogeneidad de su constitución étnica; pues el tipo moreno, dolicocefalo, domina en toda la población, de modo más fuerte que en Francia el alpino, que constituye y caracteriza y representa a la nación francesa.” Dice el segundo, en su *Rassen-Europas*, reiterándolo en varias ocasiones, que “España está habitada por un tipo dominante y característico, constituido por la raza occidental mediterránea, con más infiltraciones nórdicas de las señaladas con salpicaduras de Asia en las costas y de sangre negra en el Suroeste.”

Cerramos, pues, la recensión con la frase de Haddon al señalar que por el aislamiento peninsular somos un pueblo relativamente uniforme; y con la copia de Pittard, que destaca “la neta fisonomía de España en Europa por una homogeneidad que pocos grupos étnicos pueden presentar”, añadiendo que “la Península constituye un bloque cuyos destinos históricos y étnicos han sido los mismos en sus grandes líneas”.

De máxima autoridad por sus trabajos concretos sobre la población española es la del catedrático y académico D. Federico Olóriz, que cerró hace medio siglo su benedictino trabajo acerca del índice cefalométrico en España con la siguiente conclusión: “Puede considerarse el pueblo español como uno de los más puros de Europa, no sólo por la afinidad de sus principales factores, sino por la mezcla íntima y la fusión avanzada que se ha verificado entre ellos, con bastante uniformidad en casi toda la extensión del territorio nacional.”

* * *

Tras este introito general, pasemos a las cuestiones concretas de nuestro trabajo:

LOS HOMBRES FOSILES

Los que no hay en España.—No hay que ocuparse por ahora en España de los tres problemas genéticos de la Paleontología humana, ya que el primero de ellos, el antropogénico, queda en el pleno campo de la anatomía comparada; pero, aun los otros dos, que contestan a las interrogantes acuciadoras de dónde y cuándo apareció el hombre, no tienen hasta hoy base alguna para que podamos incluirlos en la prehistoria española.

En genealogía humana manifiéstase el mismo deseo o prejuicio que en lo familiar o histórico de retrotraer a los más pasados tiempos el origen de una estirpe, y esto llevó a los antropólogos del segundo tercio del siglo XIX a buscar el *hombre terciario*, y en la Península creyeron encontrar sus obras, los eolitos, en la desembocadura del Tajo, en las capas terciarias de Otta.

Tampoco hay en la Península presunciones de los *prehomos* de las islas de Java, ni al posterior descubrimiento del *Homo soloensis*, ni relación alguna con las más interesantes formas del *Sinanthropus Pekinensis*, descubierto por el R. P. Teilhard, cuya multiplicidad de yacimientos permite confirmar que el Asia Central es la oficina *gentium* o foco de aparición del hombre, como hace medio siglo estimaban, de común acuerdo, ciencia y creencia. Igualmente estamos desconexionados de los más antiguos restos africanos de Broken Hill, que es el *hombre de Rhodesia*, y de otras varias formas del continente negro, y más aún del *Australopithecus*, origen del hombre de aquel alejado continente.

Tampoco hay, hasta ahora, en España conexión de sus fósiles humanos con las mandíbulas alemanas de Mauer y Ehringsdorf, ni con los restos ingleses de Piltdown, y no podemos por hoy retrotraer nuestra cronología más allá de la época musteriense, pues ni del prechelense, que inicia la arqueología

prehistórica; ni del chelense, ni del achelense, que completa la parte inferior del pleistoceno, se han encontrado restos humanos, aunque sí objetos de su industria en las típicas hachas de los yacimientos de San Isidro, en las riberas de nuestro Manzanares; ni de Torralba, en las parameras de Soria; ni en la laguna de La Janda, en las fértiles tierras gaditanas, siendo, por hoy, desconocidos aquellos protoespañoles que, repito, no destacan sus huesos hasta la plena época musteriense con los restos gibraltareños y catalanes.

Los restos del hombre de Neanderthal constituyen, para unos, un verdadero tronco o familia, llegando Stolywo a formar tres grupos, que establecen la transición de las formas precedentes y de las posteriores del *Homo sapiens*, y en el opuesto sentido el Profesor Morant, que estima incluíbles todas las variaciones en una misma raza, coincidiendo con la teoría más generalmente adoptada de ser una sola especie extinguida, como lo sostienen fundamentalmente Schwalbe, Boule y Klaatsch, al estimarle como el *Homo primigenius*.

La continuidad específica del neandertaloide con un criterio monogenista fué establecida hace más de dos tercios de siglo por el gran maestro de la antropología Quatrefages y por Hamy y seguida por su continuador el Profesor Verneau, al estimar perpetuada la forma en los modernos australianos, y actualmente es sostenida por Weindereich, el barón de Eiskstedt y fundamentalmente por el gran anatómico Hrdlicka, que le permiten afirmar “que es una fase de la evolución total humana, pero no de una especie aislada”, coincidiendo en ello el Profesor Mollison, al admitir precisamente que el paso del hombre de la Chapelle-aux-Saints a la mujer de Gibraltar, es un proceso evolutivo.

Los hombres de Neanderthal en España. La mujer y el niño de Gibraltar.—En justicia y probidad científica la raza de Neanderthal debiera llevar un nombre hispano, raza de Gibraltar, o, como Flint la denominó hace muchos años, *Homo Calpensis*, pues nueve años antes de 1856, en que se descubrió

la bóveda craneal del valle de Neander, habíase encontrado en el Peñón de Gibraltar, en la cantera de Forbes, en la cara que mira a la Península y da vista a la bahía de Algeciras, esta calavera de mujer y los restos del niño hallados en 1919, muy cerca de aquella cantera, en Devil's Tower, que con la mandíbula de Bañolas en Gerona constituyen el acervo con que España contribuye al conocimiento de la raza dominante o pobladores de la época pleistocena o glaciario en Europa.

El más antiguo español, que no es español, sino española, pues a mujer pertenece el cráneo de la cantera de Forbes, estudiado primero por Falconer, que también nos hizo la justicia de denominarle *Homo Calpicus*, y casi coetáneo por el gran Paul Broca, a cuyo trabajo siguieron otros que culminan en Schwalbe al comienzo del siglo, y principalmente en la verdadera monografía de Sollas en 1908; y en defensa del supuesto desconocimiento del ejemplar por los antropólogos españoles, preciso es destacar que a fines del siglo pasado ya había sido estudiado por Vilanova, Antón y otros españoles como perteneciente a la raza de Neanderthal, y que nosotros en ella le incluimos al publicar entonces nuestra Etnografía, si bien no apareció en castellano estudio analítico del mismo hasta éste, del que anticipamos aquí sumarias notas.

Las diferencias y analogías de esta calavera con las restantes de su grupo, en el período del pleistoceno inferior, son establecidas por los autores desde el caso extremo del Profesor italiano Sera, que llega a separarle de los restantes tipos humanos, especialmente por su reducida capacidad cerebral; a esto añade los caracteres de la base del cráneo y el hueso timpánico, que él estima diferencias bastantes para crear su hipótesis. Limitándose a reconstruir la cabeza, completándola con la mandíbula de Mauer, el Profesor norteamericano Mac Gregor le hace, por consiguiente, más primitivo que la generalidad de los autores que aceptan que la mujer es representante de los habitantes del período musteriense cálido, dándole Keith como una forma local muy parecida a su compa-

ñera más joven que vivió en las cercanías de Roma, y ambas platirrinas de ancha nariz, prognatas, realmente hocicudas, aunque su inteligencia correspondería a un cerebro bastante evolucionado.

Dada la perduración de las habitaciones humanas en el Peñón de Gibraltar, explícate la profecía que en 1912 hizo el Profesor de Paleontología M. Boule, al comentar los descubrimientos de la época neolítica, hechos por Duckworth en las diversas cuevas de la roca, de que aparecerían nuevos restos fósiles del hombre primitivo, profecía que transformó en realidad el abate Breuil en 1917, al recorrer al servicio de información de la Marina inglesa aquellos litorales, señalando en el sitio llamado Devil's Tower, o Torre del Diablo, un yacimiento que fué posteriormente explorado por miss Garrrod desde 1925, dando por resultado el descubrimiento del llamado niño de Gibraltar, que dió motivo a la publicación de la completa monografía de los diversos aspectos del yacimiento, hecho por los más autorizados especialistas ingleses en 1928.

El yacimiento, situado en playa porque el peñón era entonces isla, elevado hoy 30 pies sobre el mar, está en el escarpe mediterráneo, pero, como el de la mujer, mirando a España. Y por su riquísima fauna de grandes animales y sus instrumentos atribúyese al fin del período musteriense, al que el Profesor Keith da una antigüedad de veinte a treinta mil años. En trozos desperdigados en diversos sitios fueron encontrados los huesos de la infantil calavera que permiten conocer la evolución ontogénica, completando los datos del niño de La Quina, su coetáneo francés, y comparados ambos con el niño europeo medio actual, dan la perfecta diferenciación entre las razas pretéritas y la actual.

Aunque, como es sabido, los niños se parecen más entre sí que los adultos por no haber conquistado aún los caracteres de su raza, cualquier detalle tipifica la neandertaloide a que pertenece el ejemplar. Así, por ejemplo, está iniciado el *thorus*

y arcos superciliares, y faltan las bolsas características del infantilismo actual; el parietal es tan largo como el de un hombre de hoy, evidente señal de primitivismo, y como especial carácter hay que reiterar el de su volumen, que, calculado en 1,400 centímetros cúbicos, excede al de la mujer del mismo yacimiento y época en 150, pero faltándole un quinto de su desarrollo hubiera alcanzado, de continuar su vida, a 1,680 centímetros cúbicos; es decir, sería un cefalón aún mayor que el de la Chapelle-aux-Saints. Añadamos que la mandíbula tiene forma análoga a la que ahora veremos del hombre de Bañolas, atestiguando ya el parentesco inicial de gibraltareños y catalanes.

La mandíbula del más viejo catalán.—Con los restos de la mujer y el niño de Gibraltar es la mandíbula de Bañolas el complemento del cráneo del pleistoceno inferior, que representa en España la para nosotros primitiva raza de Neanderthal, aunque anticipemos la posibilidad de que este resto no sea coetáneo, sino inferior a los del Estrecho. Descubrió la mandíbula el año 1887 el farmacéutico de Bañolas Sr. Alsius, pero la inclusión en el mundo científico es debida al catedrático, entonces, de Gerona D. Manuel Cazorro, que publicó también su primera fotografía, y ya en 1912 el ingeniero Sr. Harlé destacó el interés del fósil, que fué estudiado minuciosamente en la geología del yacimiento y en la antropología del ejemplar por los señores Hernández-Pacheco y Obermaier.

Limitémonos a señalar en la tosca y robusta mandíbula la forma general de la arcada, que es parabólica, de ramas divergentes, disposición completamente opuesta a la que debía tener la mujer de Gibraltar, lo que supone una diferencia de alimentación confirmada por la estructura y disposición de los dientes, que por su tamaño y los dichos caracteres dan una relación o índice mandíbulo-cerebral muy alto, correspondiente, por tanto, a un tipo muy inferior de hombre, en el que lo masticatorio y lo digestivo dominaba a lo cerebral.

En la región barbal o anterior la rotura del ejemplar dañó las consecuencias de su estudio, aunque es evidente que la fundamental afirmación de la *barbilla* queda sólo iniciada por la poca oblicuidad de la línea sinfisoincisiva, ya que su existencia se reducía a una pequeña convexidad triangular, desaparecida en la rotura; queda, de todos modos, por este trascendental carácter en el protocatalán de Bañolas, en los albores de la marcha erecta o actitud vertical humana.

Conservó el hombre de Bañolas todos los dientes grandes, fortísimos y un típico uso o desgaste que para Sanielevio, en su detallado estudio de correlación del aparato masticador con otros fundamentales del organismo y el modo de vida que esto determina demostraría que con la gran boca del hombre de Bañolas masticaría éste lateralmente raíces y vegetales duros, ya que era eminentemente vegetariano, por la gran riqueza que el clima óptimo para la flora presentaba en la época en que aquél vivió.

Tanto por la plenitud probatoria de la época del fósil como por sus propios caracteres, los diversos antropólogos que le han estudiado hacen observaciones a las conclusiones antedichas, y así los que la estiman de mayor antigüedad la comparan con la mandíbula de Mauer, como el gran antropólogo italiano Giuffrida Ruggieri, que por cuatro caracteres concretos enlaza los dos restos, siendo la de Bañolas muy análoga por la forma subcuadrada, aunque reducida en tamaño, y utilizándola como un eslabón para su cuadro taxonómico de homínidos, de modo análogo a como lo hizo el Profesor argentino Bonarelli, que la estima más prognata y por otros caracteres anterior. De la misma tendencia, que aceptamos, de la mayor antigüedad y primitivismo antropológico de la quijada de Bañolas es el Profesor Keith, que por la comparación del perfil de Bañolas, incluido en el Chappelle-aux-Saints, estimálas análogas, pero destaca el parecido de la quijada de Cataluña con la de Ehringsdorf.

Una supervivencia que puede ser trascendente.—Si la

reivindicación por los propios restos de una categoría racial es evidente, en pocos casos puede ser tan clara como en el cráneo de Alcolea, que por sus propias cualidades intrínsecas o modo de ser y no por las condiciones externas o modo de estar nos permite evidenciar la perduración del tipo de Neanderthal en un período geológico posterior al pleistoceno inferior, según las determinaciones de los prehistoriadores. Claro es que esta supervivencia del tipo va unida a la discusión, no terminada, de la extinción absoluta del *Homo Neanderthalensis*, o de la continuidad en épocas prehistóricas posteriores, e incluso a la existencia de un grupo intermedio entre aquél y las variedades del *Homo sapiens fossilis*, grupo formado por los restos de Galilea, Podkumok y Ehringsdorf, a lo que se une la afirmación del gran anatómico Told, dando como forma transicional entre ambas especies el cráneo de Predmonst.

Es inútil advertir que este ensayo atañe sólo a los restos o, mejor, al cráneo del depósito inferior del arroyo del Tamujar, pues las capas medias y superiores, perfectamente distintas por la estratigrafía y por los restos, pertenecen a la época neolítica, según unos, y aun eneolítica, de la cultura portuguesa, según Bosch, y se continúan hasta la romana, como uno de esos lugares perdurables y característicos en la vivienda o enterramiento del hombre.

No podemos dar aquí los detalles demostrativos de que la anatomía o, mejor, la osteología craneal permite afirmar la existencia del verdadero *thorus supraorbitalis*, que todos han reconocido al examinar los restos de Alcolea.

Morfológicamente sería la plena demostración si pudiéramos proyectar las tres normas superiores de los cráneos de Neanderthal y Galilea a los lados de nuestro ejemplar de Alcolea, tomada antes de la época en que la estudiamos y medimos, para declarar la identidad de las formaciones frontales y de las laterales no sólo en su aspecto general, sino en el desarrollo y orientación de las líneas frontales y parietales, con la gran hondura de la fosa temporal para la inserción de

potentes músculos maseteros. Esta morfología fué declarada como patológica o anormal sin datos de observación y análisis, que aplicados por nosotros y a nuestra petición por el catedrático de Anatomía e Histología Dr. Castejón, demuestra no ya que la continuidad externa, sino que la estructura ósea-alveolar es plenamente normal y continua, sin hipertrofia ni proceso patológico en el tejido del diploe ni en las caras del frontal.

Confirman la morfología del cráneo la afirmación de Hernández-Pacheco, de que el "*thorus supraorbitalis* está muy patente, y de ningún modo debe atribuirse a presiones de sedimentos, deformaciones o causa extrínseca alguna". Y la indicación del antropólogo Sr. Barras, de parecerse el ejemplar de Alcolea al cráneo neanderthaloide de Spy. Entre otros autores extranjeros que se han ocupado de este yacimiento, nos parecen justas las afirmaciones del Dr. Ried en el *Anthropologischer Anzeiger*, tanto respecto a este cráneo como a la presunta dolicocefalia de los más modernos del yacimiento que nosotros incluimos plenamente en los protobraquicéfalos de la Península.

El Profesor Hrdlicka, en su fundamental estudio directo de los restos esqueléticos del hombre primitivo, hace notar que el *thorus* es bajo en el cráneo de Gibraltar, y, en cambio, se señala anatómicamente en las variedades del *Homo sapiens* de Podkumok, Brux, Brunn I, Predmost, Oberkassel y Alcolea, cráneo del que se ocupa en varios capítulos al hablar de los postmusterienses, añadiendo a los citados centroeuropeos algunos otros de Francia, fundamentalmente del tipo de Cro-Magnon, así como los del Norte de Africa, de Djebel y Fartas, lo que nos permite señalar una continuidad geográfica de cráneos en el desarrollo del *thorus*, en la que queda incluido nuestro ejemplar cordobés.

No puede subsistir, a nuestro juicio, la creación del *Homo fossilis cordubensis*, hecha por el ingeniero Sr. Carbonell en el erudito informe redactado con sus colaboradores, pero sí

creemos evidenciada la perduración de caracteres del Neanderthal en el yacimiento de la provincia de Córdoba.

ENTRE LOS FOSILES Y LOS PREHISTORICOS

Cambia como por telón rápido la fisonomía antropológica peninsular al terminar el paleolítico inferior e iniciarse con nuevas culturas nuevas razas, y al propiamente llamado hombre fósil o primigenio sustituye el *Homo sapiens*, título tal vez demasiado egotístico y en el que con estos fósiles alternan los actuales. Han sido más fecundos que en el paleolítico inferior o pleistoceno de España, en restos humanos, los yacimientos de todo género correspondientes a todas las épocas prehistóricas, desde el paleolítico superior en su época aurifiaciense, hasta el período de la edad de los metales, que se entrecruza en su final con los tiempos protohistóricos, en que vivieron ya los pueblos conocidos con los nombres propios de ellos y no solamente de sus culturas.

El estudio de *las series métricas y la comparación morfológica* entre las mismas nos da el modo de presentar un panorama de la craneología prehistórica, pero nos limitamos a destacar el doble método, pesadísimo el primero por el excesivo manejo de cifras que exige, y lento el segundo por la minucia a que ha de llegarse. El buen número de ejemplares estudiados nos permite construir el gráfico del reparto por los valores de los más característicos índices craneométricos, que con la plasticidad de la representación, da inmediatamente en la curva binomial o de campana, la distribución de los más fundamentales caracteres métricos de la crania prehistórica española y anticipa el reparto de formas y medidas en las diferentes épocas, estableciendo los valores *standard* y de máxima frecuencia entre los dos límites de la variación máxima y mínima y lo que pudiéramos estimar la normalidad antropológica que da por fusión de los diversos elementos la unifica-

ción racial, demostrada por la aglomeración en los valores centrales del sistema en una gran mayoría de casos.

El más utilizado de los caracteres, el *índice cefálico*, nos da una variación desde su valor extremo en un dolicocefalo con índice de 67 en un cráneo fenicio de Cádiz, que como el valor aislado de 65 son un elemento alienígena, como tal vez lo son también los de la más corta cabeza, con braquicefalia de 86, minero del cobre asturiano, y otro eneolítico de la misma región. Esta amplitud de variación individual inicial de 18 unidades es, sin embargo, la mitad de la que presentan las calaveras de los hombres actuales, por la doble razón del nuevo aporte de razas en las épocas posteriores del metal, y fundamentalmente porque el número de casos se haya decuplicado de los trescientos prehistóricos por nosotros estudiados a los tres mil vivientes, que con Aranzadi nos han permitido fundamentar, de modo casi fijo en el total de la nación, la constitución raciológica española.

Pero forzoso es destacar que las variaciones individuales no son las que tipifican ni una raza ni una época, y si en este índice cefálico tomamos los valores promedios de cada provincia, la amplitud de oscilación en la raciólogía actual se reduce a 7 unidades, desde el índice de 80 en Oviedo y Lugo, al de 73 en Alicante y Tarragona, que dan la máxima distinción de los grupos españoles.

Explicar formas, y más aún la comparación de ellas entre sí, es tarea larga y no siempre de gran provecho, y queda sustituida por la representación gráfica de las mismas, pero como ésta no puede aquí utilizarse, me obliga a declararos que hice las comparaciones lo más detalladamente posible, no ya sólo entre los cráneos de las diversas épocas y regiones españolas, sino de ellos con los ejemplares estimados típicos o normativos, para la denominación de las razas o sus grupos,

Me limitaré a señalar destacados ejemplos en que la morfología ha dado caracteres significativos para la determinación de los tipos, como el esencialísimo de separar las paleo-

formas primitivas, bastas y rudimentarias, de las neofomas afinadas y progresivas, tanto en los grupos andaluces como en los levantinos y serranos centrales. Exaltación del valor meramente morfológico nos le dió el cráneo negroide de la cueva de Los Letreros, que verdaderamente construído por líneas curvas, nos permite no asimilarle a los del grupo de Grimaldi, tallados en superficies planas.

Otro fruto de la comparación morfológica es la distinción inmediata del asturiense de los concheros de Valdediós, con los de análogas y tal vez sincrónicas formaciones de la desembocadura del Tajo, y aun sin el refuerzo de los caracteres métricos, su no inclusión plena en la raza de Cro-Magnon. Otra confirmación final, para no llegar a detalles inadecuados en este momento, es que la utilidad meramente morfológica es la que nos destacó la rica serie de Alcázar del Rey, que por su perímetro transversal en arco de herradura y la típica curva sagital o de su corte medio anteroposterior nos evidenció, hace muchos años, antes de su medida, el hecho significativo de la distinción de este grupo como una de las dos posibilidades de la cabeza ibérica propiamente dicha.

Los hombres del paleolítico superior y del mesolítico.— Afirmamos que no hay posibilidad en un ensayo exclusivamente antropológico de separar los restos humanos estrictamente correspondientes al período paleolítico superior y su continuación ininterrumpida hasta el mesolítico, pues desechado hace muchos años por los descubrimientos de Piette el *hiatus* o interrupción de culturas entre la piedra tallada y la pulida, no cabe separación absoluta entre los hombres que las crearon y la continuidad de los tipos humanos ya inicialmente múltiples en aquellas épocas. Por ello unimos en el comienzo de la raciología prehistórica el paleolítico superior con el gran período sostenido en España por Vilanova, denominado *mesolítico*, que abarca desde el final del magdalenienense, con el aziloterdonoiense, y acaba en el asturiense o campiniense o tardenoiense, seguidos del neolítico pleno, según

acepta el Profesor Obermaier en su última publicación en 1932 y había establecido también Morgan y otros eminentes autores. Burkitt, en 1900, admite también el mesolítico, en el que distingue seis diversos períodos, y el Profesor Vallois restablece también el mesolítico en el estudio de los cráneos de Portugal.

No cabe tampoco, como veremos, englobar bajo la denominación de la raza de Cro-Magnon a todos los hombres de este período, pues desde que en 1868 descubrió Lartet y denominó Broca los restos de la caverna que le dió nombre, han aumentado y se han diversificado anatómicamente los hallazgos que no permiten sostener la unidad de la raza, ampliándose este concepto al de grupo o tronco de ellas, y aun saliéndose del mismo. Destácanse dentro del gran grupo: desde los negroides ultradolicocéfalos de cabeza larga, de oriundez africana o ecuatorial, por este solo carácter análogos a los cráneos de Combe-Capelle; los de Chancelade, de estirpe asiaticoboreal, y, por último, la aparición de las cabezas cortas o braquicéfalas de Ofnet, en Baviera, y de Mugem, en Portugal, han llevado a la plena diversificación los tipos humanos de aquellas remotas épocas en que pudieran parecer homogéneos para un conocimiento somero.

Por la penuria del número y del valor anatómico de los restos de esta época apenas pueden caracterizarse ni asignarse a una determinada raza los hombres que en ella vivieron en nuestra Península, pues el mejor conservado de los restos es el *cráneo de Camargo*, descubierto por el Padre Sierra, perteneciente al auriñaciense de las cercanías de Santander. Parece ser un cráneo de mujer de muy pequeño tamaño, plenamente dolicocefalo, y que por este solo carácter no le separa del tipo de su época. Según los estudios de Birtner, su mayor parecido es al de los cráneos de Chancelade y Oberkassel; pero nosotros diferimos de la asimilación al primero, por la propia razón que el Profesor Saller declara hipotéticos el inio y la glabella y por la forma de la curvatura lateral parietal,

que con todo el conjunto nos hace creer en un cráneo juvenil no fijados aún sus caracteres, que precisamente en la raza de Cro-Magnon son de senilidad, y muy típicos en la cara, que falta. Es de lamentar que en las otras múltiples cuevas de esta región cantábrica estudiadas escrupulosamente por investigadores españoles y extranjeros no se hayan encontrado más restos humanos, concretamente utilizables para la Antropología, y que haya sido estéril para la misma la maravillosa caverna de Altamira, en Santillana del Mar, reconocida como la más importante para el arte prehistórico desde la publicación del *Mea culpa* del Profesor Cartailhac, cuya traducción publicamos en aquella época.

Al catedrático Sr. Aranzadi débese el descubrimiento en 1936, en Iziar (Guipúzcoa), de un cráneo del paleolítico superior, por nosotros estudiado, como los de la época eneolítica hallados en la campaña de 1935 y que se conservan en el Museo de San Telmo, de San Sebastián. A estas épocas pertenecen en el Mediterráneo el cráneo de una mujer joven en la cueva del Parpalló, descubierto por Vilanova y que, reconstruido con sus muchos fragmentos, fué estudiado, pero no publicado, por los Sres. Aranzadi y Alcobé. En Cataluña, después de larga discusión, los restos del Abrigo de Romaní y los de la cueva de Serinyá sólo permiten afirmar la existencia del hombre paleolítico superior, sin concretar estrictamente su época y menos su raza.

LAS RAZAS DE CRO-MAGNON

Los dos tipos españoles.—Preciso es actualmente hablar en plural de los hombres de Cro-Magnon, más bien tronco de razas y variedades que raza única, como lo prueba la multiplicidad de grupos establecidos por Saller, que los eleva a ocho, pero que no bajan de tres en ninguno de los análisis de Ulbrich-Kyldesks, Stolywho, Mollison, Boule, Giuffrida Rug-

gieri, Mendes Correa, Kern y Keith y últimamente Paudler y Perret. Lo que subsiste, en todo caso, es el verdadero trípico de los cráneos de todo el período constituido por los tipos de Cro-Magnon puros y derivados, como los hombres paneuropeos fundamentalmente occidentales; los de Chancelade, originariamente asiáticos o boreales —aunque nieguen esta estirpe autoridades tan supremas como Keith y Mollison y no podamos nosotros hallar rastro en España—, y los de Combe-Capelle, estimados de progenie africana y ecuatorial de caracteres negroides, incluyendo, como las otras dos razas, algunas de las variedades citadas, salvo tal vez la de Predmost en Moravia, que Told y Mollison estiman como el primitivo tipo de *Homo sapiens fossilis*, y aun siendo negroide, como algunos lo suponen, inferior a los de la raza de Grimaldi, verdadero hito desde el que se estableció por aquel venerable maestro, el Profesor Verneau, la distinción de los negroides africanos y los Cromañones europeos y sus congéneres en la Europa occidental. A este grupo únese el cráneo Brunn I de la misma región, y, lo que es para nosotros más interesante, los de los paraderos de Mugem, con los que Mendes Correa constituye el *Homo Taganus*.

La *separación de las formas* de Cro-Magnon en España fúndase en una aclaración al concepto de disarmonía cefálica, que los antropólogos han establecido respecto a esta raza, no muy conforme con el espíritu geométrico, único normativo de la comparación de formas, ya que la disarmonía craneológica fúndase entre una discordancia entre la longitud o diámetro anteroposterior horizontal del cráneo y la altura o diámetro vertical de la cara, cuando en puridad de exacta comparación de morfología geométrica de posición la correlación ha de establecerse entre análogos elementos de las tres coordenadas, es decir, entre alturas verticales, longitudes anteroposteriores y latitudes o anchuras transversales. La comparación lógica de los elementos craneales para establecer correlaciones o convergencias y contrastes o disarmonías ha de es-

tablecerse, pues, entre medidas que son fundamentalmente los tres ejes de coordenadas de igual representación geométrica, es decir, longiformas o elongaciones de altura en el eje de las Y, y braquiformas o dimensiones de las dos líneas horizontales, de profundidad representadas en el eje de las Z, o de anchura, correspondientes siempre al eje de las X o transverso, lo que nos lleva al concepto de que el cráneo, la cara o las diversas regiones de los elementos, sean altos o bajos, largos o cortos y anchos o estrechos —como lo hacemos desde 1915 aplicando nuestro método de las relaciones modulares—, estableciendo la primera y más fundamental de las relaciones entre sus medidas.

Aplicando, pues, estos conceptos fundamentales en el *Cro-Magnon tipo*, hay una disarmonía directa o inversa, pues se funda en el alargamiento del diámetro anteroposterior horizontal y el acortamiento o, mejor, rebajamiento del diámetro vertical de la cara, y dentro de ésta la disarmonía continua con la nariz, que es alta, en oposición a la cara baja, y la correlación o coincidencia entre este aplastamiento de la cara y de la órbita, igualmente baja; quedando sin hacer resaltar la correlación de anchuras de cara y cráneo o la disarmonía inversa, como ocurre en el tipo vasco, ancho de cabeza y estrecho de cara, opuesto al andaluz oriental o serrano, de gran amplitud pomular y bastante estrechamiento parietal. La discriminación, pues, de los tipos cromañones en España se hace al distinguir el europeo o clásico y el que nosotros llamamos *libioibérico*, o con cierta tolerancia etnogénica bereber, más dominante en la Península.

Nuestra distinción de los dos cromañones coincide con el modo de estimar esta raza el gran paleontólogo Boule, al afirmar que es un tipo medio con variaciones mesológicas o ambientales.

El *Cro-Magnon típico o europeo* disarmónico inverso o cruzado por ser dolicoide o alargado de cabeza y braquioide o rebajado de cara, aunque en ésta se repita la disarmonía

por ser alto de nariz, es también platicéfalo o bajo de cráneo y ancho por el diámetro transversal del mismo. No se presenta puro en ningún yacimiento, aunque predomine en toda la serranía central, especialmente en las mujeres, como si constituyeran el fondo permanente racial de aquella región, y que ya hemos dicho perdura actualmente en ella; en las demás áreas o zonas se disocia su complejo craneofacial, quedando como herencia genotípica la de una de ambas regiones cefálicas, como ocurre en ejemplares aislados de Levante y Andalucía.

El tipo que estimamos *libioibérico o Cro-Magnon peninsular* es lo que hemos llamado disarmónico directo, es decir, con cráneo alto y estrecho: tiene cara baja y ancha, exagerándose el carácter en la órbita, que es muy rebajada y pequeña y apareciendo su correlación en la nariz, que es ancha y platirrina, arrancando de una raíz o nasio muy deprimido, que también le diferencia del Cro-Magnon europeo de nasales salientes; si a esto se añade una frente estrecha con las fosas temporales deprimidas, lo que exagera su norma ovoidea o pentagonal, la distinción es clara al corroborarse, porque los elementos del triángulo facial los distancian casi opositivamente, ya que el índice gnático —o relación entre la base cerebral y la profundidad masticatoria— es máximo en estos preibéricos de mandíbula saliente y mínimo en los paneuropeos de gran desarrollo de los lóbulos anteriores cerebrales, que recíprocamente tienen un gran ángulo facial que se reduce a los extremos inferiores en los ibéricos. Desde luego, la mesocefalia del Cro-Magnon transfórmase en dolicocefalia y llega a la ultradolicocefalia con predominio occipital en los iberoides, iniciada ya en los prehistóricos y perdurable en los cráneos levantinos, fundamentalmente los de Alicante y sus análogos los aragoneses de los Montes Universales, en Teruel, que por sus estribaciones occidentales los unen a los que en Soria y Segovia representan este tipo.

Los Cromañones de la Sierra Central.—El caso típico de

la seguridad raciológica, con variación o al menos con indeterminación arqueológica, la presentan los restos que en España dieron a conocer esta raza, desde las exploraciones del Sr. Llorente en 1875; la presentación científica de los cráneos por el Profesor Antón en el tomo XIII, a la Sociedad Española de Historia Natural, y la divulgación del Profesor Verneau, en 1886, en el mundo científico europeo. La larga historia de estos descubrimientos nos ha obligado a un análisis y expurgo de los restos, utilizando sólo los de la cueva de La Solana de la Angostura, en término de Encinas (Segovia), y desechando los de las otras estaciones y hallazgos posteriores por heterogeneidad de los yacimientos, que se evidencia también por la de los cráneos.

La fijación precisa del Cromañón español, habitante en la Serranía Central o Carpetana, ha sido confirmada por nuestras exploraciones de principios de siglo en la cueva de Tisuco, en Sepúlveda, que dimos a conocer en 1912 en el Congreso Internacional de Antropología Prehistórica, de Ginebra, rectificando ahora la época, que no llega ciertamente al magdalenense, pero tampoco alcanza más allá del protoneolítico, y ampliando el conocimiento, posteriormente, por los cráneos procedentes de una cueva desaparecida en Torrelaguna, medidos por el Sr. Barras en 1933, evidenciando, para nosotros, métrica y morfológicamente el Cro-Magnon español, que se repite en el cráneo que pudiéramos estimar clásico de la cueva de Enguera, que figurado al lado de la calvaria de Riaza, en Segovia, en una misma placa, divulgó en los centros antropológicos el tipo entonces único, y que nosotros podemos separar hoy en plenitud de análisis en tres grupos: el típicamente Cro-Magnon, que en la Sierra Central es el más abundante; el que numéricamente le sigue, que es un mosaico de los caracteres del Cro-Magnon europeo y del que estimamos español o libioibérico, que aparecen ya significativamente en un cráneo acrocéfalo y estrecho con caracteres que luego se verán desarrollarse en la región de Levante y Bajo Aragón, pudien-

do unirse a él, del sexo femenino, alguna mujer de la Cordillera Central, hecho confirmatorio de la ley establecida por el gran naturalista Quatrefages, de que en las tierras pobres, climas duros y sierras altas, separadas de las grandes vías de expansión, se encuentran los restos y complejos de razas más distintas, y que nosotros lo ampliamos a la etnogenia y el folklore en toda la zona serrana, en una conferencia dada hace veinte años.

El tercer tipo, identificado por nosotros, principalmente en la buena serie de los cráneos del osario del Tisuco, es una raza mesaticéfala, es decir, de más corta cabeza que las dos variedades cromañonoides, muy parecido a la población actual que nosotros hemos estudiado en las colecciones del Dr. Velasco y del Profesor Olóriz, y que establece relación morfológica con los tipos extremeños que Aranzadi y yo destacamos hace justamente medio siglo, permitiéndonos pensar en que tal vez entonces pudiera también regir la frase del blasón de Soria como pura cabeza de Extremadura.

Los libioibéricos o capsenses en la Península.—Para la raciología española, desde el capsense hasta la época proto-neolítica, no cabe designar al hombre de aquellas épocas por el concepto tipológico de la arqueología como capsense, siendo preferible restaurar el viejo nombre de libioibérico que historiadores, viajeros y antropólogos venían usando, más o menos concretamente, para la estirpe racial que entronca lo peninsular con lo africano del Norte, o sea, con lo afroeuropo, y más típicamente mediterráneo. Desde hace un siglo, Prichard, al publicar la primera antropología raciológica, destacaba esta indicación de libioibéricos, usada por todos los geógrafos de la antigüedad clásica para designar los aborígenes de las costas e islas mediterráneas, que, vecinos o entrecruzados, ocupaban dichas zonas en el Mediterráneo occidental. En este siglo, con fundamentos más objetivos que literarios, Johnston vuelve a sentar que los libios, mezclados con ibéricos, colonizaron Africa del Norte, llegando los ibéricos hasta

las lejanas tierras de Abisinia. En España, el Profesor M. Antón sostuvo esta tesis, fundada en la persistencia de un tipo antropológico de hombres altos, subdolicocefalos, de cara romboidal por sus anchos pómulos, nariz recta y larga, pelo oscuro, ojos melados, anchos de hombros y estrechos de caderas; teoría, en parte, análoga a la que treinta años después desarrolla el antropólogo alemán Günther, incluso por la extensión que da a esta raza, que lleva hasta las antiguas épocas de los *long-barrows* ingleses, y a algunos tipos craneales de Alemania, cosa para nosotros inadmisibles por ser muy diferentes la cabeza hipsiestenocéfala, de estirpe ibérica, de la meramente dolicoide, correspondiente a la germánica o nórdica.

La denominación del yacimiento típico capsiano que dió a Morgan el nombre para crear la industria no tiene ventaja alguna antropológicamente sobre la de libioibéricos, puesto que la rama originaria de libios ocupa no sólo la pequeña región de Túnez, donde se descubrió el capsiano, sino con más o menos amplitud toda la zona del litoral africano, desde Egipto hasta las costas atlánticas conocidas por los romanos, y las altas montañas del Atlas, y aun a una gran parte de sus vertientes meridionales y del gran desierto de Sáhara. Pero quedando para la protohistoria la historia etnogénica de esta región, que bien pronto se une a la Península Ibérica, limitémonos ahora a señalar algunas distinciones que, aunque tipológicas, deben servir y orientar a la raciología desde la época paleolítica hasta muy entrada la neolítica.

Os eximo de la pesada busca y análisis de los datos craneológicos de todo el Norte de Africa hecho desde hace setenta años hasta el día, y que demuestran la presencia de negroides y cromañones en todo el litoral y justifican la relación genética de la raciología de aquellos territorios con nuestra Península.

Aquel buen amigo, el Profesor que fué de Florencia, Mochi, estableció, en 1929, las relaciones de los capsiano entre

Africa y España, estimando lo iberomauritano como intermedio entre el auriñaciense y el capsiese final, aunque por las figuras rupestres, más antiguas, admite con Frobenius y Obermaier que las relaciones entre Africa y España se establecieron en el capsiese superior, trazando la ruta peninsular, con datos que ya había señalado Siret, hasta el centro de la Península, con las estaciones de Anguita y Alcolea del Pinar, en las parameras de Guadalajara. De esta última estación proceden los únicos cráneos que, considerados como capsieses finales por el Marqués de Cerralbo y el Sr. Cabré, han sido señalados en el fondo del yacimiento y estudiados —como todas las colecciones reunidas por aquel Mecenaz de la Antropología prehistórica— por nosotros, de ellos dimos a conocer un avance en el XV Congr s International d'Anthropologie et d'Archéologie prehistorique, y como anticipo de su descripción puede afirmarse que no son del tipo Cro-Magnon, aunque quede algo en duda la plena adscripción al negroide, principalmente por faltar elementos de fijación de la altura craneal.

Los negroides peninsulares. — Evidente la intrusión de sangre negra o, más evidentemente, negroide en la Península, digamos que hay gran diferencia entre la que influyó en Portugal y la zona atlántica andaluza y el resto de España, y esto desde el primer pecado original de esta impregnación hasta los momentos en que culminó la afluencia de negros en la máxima expansión colonial. El primero y más importante de los yacimientos es el clásico en Antropología de Mugem, descubierto por Pereira da Costa y Carlos Ribeiro en 1863 y estudiado luego por varios autores, fundamentalmente en la erudita discusión científica de los Profesores Mendes Corr a y Vallois, creando el primero el *Homo afer taganus*, entroncado con el grupo australoide y concretamente en el protoeti pico de Giuffrida Ruggieri, entroncado, a su vez, con los tipos de Combe-Capelle y Grimaldi; pero Vallois, aunque provisionalmente, los incluye en el grupo oriental de los Cromañones, o sea, la representación negr tica de este gran tronco.

Nosotros, de acuerdo con la caracterización de negroides portugueses hecha por Da Costa Ferreira en el año 1907 y la morfología y métrica dada por Mendes Corrêa, hemos buscado en los más o menos coetáneos cráneos del litoral andaluz el del negroide español, y le hemos encontrado en el hombre de la cueva de Los Letreros, en Almería, del que bastaría mostraros la fotografía para reputarle como el más típico de los negroides españoles por la elevación y estrechez de su cabeza, por su cara hocicuda y por el valor de 101 del índice gnático, coincidente con el portugués, y ambos demostrativos de la escasa base cerebral y del gran predominio mandibular, correspondiente a la raza muy antigua del capsiese final o epipaleolítico, anterior desde luego al tipo femenino de la misma interesante región, estudiada por aquel Sr. Góngora, iniciador de la época heroica de la Prehistoria en España. Concretado y objetivado por nosotros el problema, señalamos la perduración del tipo negroide en otros cráneos andaluces y levantinos, preneolíticos y neolíticos, pero no confirmamos la hipótesis de nuestro maestro el Profesor Antón, creadora de la raza de Alhama como representación de estos tipos, estimándola transitoria entre los neanderthaloides y los Cromañones.

Pudiera ser la tercera novedad que presentamos tras la perduración neanderthaloides en Alcolea, y la del eslabón negroide en nuestra genealogía, la fijación del tipo *asturiense*, ya que algo de antropología debe corresponder a la mucha arqueología de esta época, comprobante del aserto del Profesor Mendes Corrêa, de que el hombre asturiense representaba a la facies europea, quedando el resto de España en aquella época habitado por los de estirpe africana. Mas esta hipótesis es meramente de trabajo, porque sólo en la platicefalia pueden asimilarse los primitivos asturianos a los hombres de Cro-Magnon, pero no en las formas de sus normas, especialmente la facial, por faltarles la cara y ser ésta lo más típico del tipo canónico a que hemos de compararle, ni en las rela-

ciones de las medidas, que tal vez se asimilan con las del precario cráneo de su vecina montañesa de Camargo, y una de las calaveras eneolíticas del Principado en el yacimiento de Vidiago, en el cual se encuentran ya formas de la extrema braquicefalia.

Las primeras cabezas cortas de los españoles. — Aunque hemos ya dado nombre de bautismo científico a los hombres de Cro-Magnon, a los libioibéricos y a los negroides, advirtamos que antes de llegar a esas denominaciones plenamente raciales, hemos analizado previamente los tipos exclusivamente craneales y ahora señalamos esto porque resumimos este análisis prefacial, destacando las formas cefálicas exclusivamente por sus propios caracteres intrínsecos, que son siempre precedente de su asignación a un grupo racial. Por la cita del índice cefálico del cráneo asturiano, pero no asturiense, pasamos a destacar el acortamiento que con ley general se presenta en toda la crania peninsular, desde las alargadas cabezas de neanderthaloides y cromañones, a las más equilibradas y aun cortas de las épocas posteriores —y no hablemos de si esto es perfeccionamiento cerebral o pura morfología craneal— buscando, por tanto, los protobraquicéfalos de nuestra Península que deben tener relación con los del más antiguo yacimiento de Ofnet, con cabezas decapitadas por ceremonia ritual, iniciadores de las redondas de los bávaros. Pero a esta primogenitura braquicéfala puede oponerse la de las cabezas encontradas en el ya tan dicho yacimiento portugués de Mugem, anterior al aziliense de la localidad bávara, y tal vez algunos ejemplares de la *crania étnica* de Bélgica y Norte de Francia.

Los iniciadores de la braquicefalia portuguesa, que hoy no pasa del 31 por 1.000 —muchísimo menos frecuente que en España—, según Mendes Corrêa, pueden ser, según él, del tipo subalpino; establecido por nosotros y Aranzadi en 1892, y confirmado en 1913 con los tipos hipsicéfalos de cabeza alta sintetizados en el extremeño. El hecho es que la braquicefalia del valle del Tajo, en España y Portugal, está reafirmada es-

tos últimos años por nuevos estudios de Mendes Corrêa y la existencia de calaveras prehistóricas en los Museos de Lisboa, típicamente braquicéfalas, según nos comunica en notas y fotografía inéditas el Profesor Barbosa Sueiro. Si recordamos que la braquicefalia prehistórica española no sube del índice de 86 y que los dos ejemplares que le presentan son asturianos, destácase ya clara la fijación geográfica de este tipo cefálico en la Península, aunque nosotros estimemos que los verdaderos protobraquicéfalos aparecen en mujeres de la Sierra Central en la cueva de Tisuco, seguramente anteriores a los que hasta ahora se han estimado representados por los cráneos de Ciempozuelos como los aportadores del grupo en España, y aun nosotros podemos afirmar que van precedidos de algunos cráneos andaluces y levantinos, como los de la cueva de la Mora, en Jabugo, los del yacimiento de Palma de Río y, sobre todo, el femenino de la muy notable cueva de Los Letreros, en Almería, antipódico al del varón negroide, y tal vez, si su índice no ha sido elevado por la deformación póstuma, la calavera declarada neolítica del revolucionario yacimiento de Alcolea de Córdoba.

En la propia zona levantina, foco y permanencia de la dolicocefalia, podemos destacar como tipos braquioides o acortados, por la forma más que por las medidas, una mujer de Enguera —yacimiento demasiado olvidado por los prehistoriadores— y con la doble afirmación morfológica y métrica el cráneo de El Sargal, lo que nos comunica el actual orientador de la prehistoria valenciana Sr. Ballester Tormo, y probablemente, aunque ya no propiamente braquicéfalos por ser de épocas posteriores al neolítico, los de la cueva de Buldo, de Tarragona, y entran posiblemente en la serie braquicéfala algunos de varias estaciones de la provincia de Lérida; y ya en esta continuidad, pero no iniciando la serie, preciso es citar los típicos cráneos de Ciempozuelos y uno de Vidiago, en Oviedo, perteneciente a la mis-

ma época, que alcanza la elevada cifra de 86, límite de la cortedad y prueba del ensanchamiento de la cabeza en España.

Los cráneos altos hipsicéfalos y acrocéfalos.—Tienen en España más interés por su origen que los braquicéfalos, y que métricamente se determinan por los índices de altura superiores a 75 por el verticolongitudinal, y a 98 por el verticotransversal, es decir, casi igual altura que anchura, iniciando su aparición en la Sierra Central Carpetana, desde la cueva de La Solana a la de Tisuco y Torrelaguna, y aunque mezclados los dos tipos, destacamos nosotros con plenitud de caracteres métricos y morfológicos estos cráneos altos y estrechos, plenamente diferenciados de los anchos y bajos cromañones, que se extendieron por las altas parameras hacia el Oriente y que desde las espeluncas segovianas y madrileñas pasaron a los yacimientos posteriores explorados por el Marqués de Cerralbo, en San Cristóbal de Cabrerizos, en Soria, exagerando las características diferenciales con el primitivo tipo con él confundido.

La probidad científica nos ha obligado a emplear el método de los diagramas representando en el eje de las X los valores del índice cefálico y en el de las Y el del verticotransversal, y buscando la coincidencia de ambos valores en los cráneos de la Serranía Central hemos comprobado la existencia de tres tipos, dos de los cuales corresponden a los ya citados, Cro-Magnon europeo y libioibérico; pero prescindo aquí de su detalle, así como del método trigonométrico a que hemos tenido que llegar para comprobar la disyunción de estos tipos en su representación carpetana y en la levantina, fundamentalmente en el sintético cráneo de Enguera, que por faltarle la zona del occipital anterior nos ha obligado a calcular la altura por este procedimiento, obteniendo el elevado valor de 102 para su índice vérticotransversal, que le tipificaría por sí solo como del tipo libioibérico.

LOS HOMBRES DE LA ÉPOCA NEOLITICA Y ENEOLITICA

Llegamos a la época de los hombres verdaderamente prehistóricos, segunda fase de la evolución humana en la Península, ya que sin gran tolerancia pudiéramos llamar fósiles a los que hasta aquí hemos estudiado, y aunque con buena cuenta son ya cinco los tipos antropológicos pobladores de nuestra Península, es ahora cuando empieza craneológicamente la complicación y pluralidad de los grupos, sin duda alguna, porque la mayor humanización en el sentido espiritual de ellos favoreció su mezcla y fusión, quedando tipos intermedios o de tránsito que inician los albores de la unificación corporal o, para nosotros, más reducidamente, craneológica.

Otro motor de la unificación es que no hay medio de separar series ni grupos de ejemplares por su origen estrictamente cronológico de neolítico y eneolítico, pues esta división y nomenclatura de los italianos, que no fué aceptada por los prehistoriógrafos alemanes ni por Boule y su escuela en Francia, es hoy también abandonada por el Profesor Obermaier, que en su última obra establece la continuidad desde el neolítico al cobre; criterio actualmente aceptado por el Sr. Almagro. Anticipemos que en España tiene más realidad la distinción de la Edad del Cobre establecida por D. Eduardo Saaavedra en su informe acerca de los trabajos de Góngora, ya prevista y afirmada por otro ingeniero, D. Casiano del Prado, y sostenida y aun divulgada por D. Juan Vilanova en el Congreso Internacional de Arqueología de 1872, y que fué confirmada documentalmente, entre otros, por el ingeniero de Minas Sr. Garay y Anduaga. Raciológicamente destácase esta edad por la más somera morfología craneal, como podríais ver comparando las calaveras o sus fotografías de las diversas regiones peninsulares pertenecientes a ella, más que dife-

rentes a veces opuestas a todas las de los períodos anteriores, de tipo verdaderamente paleomorfo, perfectamente distinguibles de las que estimamos neofomas en la etnogenia peninsular y que en la realidad inician la edad propiamente protohistórica.

No hay para las razas del neolítico al cobre una sistematización que lleve a establecer los tipos que en los períodos anteriores hemos visto, tal vez por continuar las formas precedentes, aunque modificadas y aun sustituidas al final de estas edades y comienzo del metal. Como tipos craneológicos no se han destacado más que el inicial llamado de Beaulieu-Chaudes, creado en Francia por el Dr. Prunières, pues no han llegado a generalizarse algunos tipos centroeuropeos e italianos, ni a establecerse siquiera hasta hoy los de nuestra Península, permitiéndonos creer que hemos tenido la suerte científica de darles una realidad concreta. Esta generalización que perdura en las razas neolíticas, concrétese al estatuir el Profesor Boule en las razas del holoceno los tres tipos: los dolicocefalos, continuación de los cromañones, a los que se unen los braquicefalos en progresión creciente, principalmente desde la época del cobre, y superponiéndose a los anteriores los protomediterráneos creados por Sergi, abocetando las tres actuales razas europeas; afirmación que nos parece anticipada a la realidad, que sólo en tiempos bastante posteriores se establece.

Deploramos no poder hablar siquiera de la *paleopatología* de esta época, como no lo hicimos de la anterior, ya que la enfermedad acompañó siempre a la vida y dejó sus procesos en los huesos como huellas de su reacción defensiva, y por modernos métodos histopatológicos, radiológicos y serológicos se ha llegado a determinar por la reviviscencia de la sangre a qué grupo pertenecían nuestros antepasados en más de cuatro mil años. Ya en los restos de los neanderthaloides se han determinado malformaciones congénitas y raquitismo y la existencia de traumas abundantísimos en cráneos y miembros,

indiscutiblemente la mayor parte de ellos causados por la ferocidad guerrera que parece revivir a los veinte mil años, aunque defendamos al hombre primitivo, ya que estas pruebas de la lucha van aumentando hacia las edades actuales; apuntemos que el reumatismo ha dejado huellas probatorias de su generalidad, pero que la tuberculosis no aparece hasta la época neolítica, siguiendo en discusión los procesos sifilíticos anteriores a la Edad del Hierro, en contraste con las caries dentarias, presentes ya en la remotísima época auriñaciense.

En España preséntanse en cráneos y huesos múltiples ejemplos de historias clínicas, atajadas por métodos quirúrgicos y curativos, incluso balneológicos, buscados en las Caldas de Malavella por los que dejaron allí sus restos, y merecen destacarse las trepanaciones curativas o litúrgicas en varios yacimientos neolíticos, pero hasta la fecha no se ha iniciado trabajo alguno que represente la contribución española a estos estudios, y espera un doctor que no piense presentar minuta a sus clientes.

Grupos raciales neo-eneolíticos en la Península.—No es más concreta y definida, como es natural, la fijación de las razas peninsulares que la sentada para Europa en general, y a Hervé, el último año del pasado siglo, se debe el primer ensayo sobre las poblaciones mesolíticas y neolíticas de España y Portugal, aunque diez años antes el antropólogo belga V. Jacques había completado la etnogenia de España al fin de estos períodos, añadiendo el tipo mediterráneo a los tres grupos de cromañones, braquicéfalos y pirenaicos occidentales que había establecido con los cráneos procedentes del Argar (Almería) unos años antes.

En estos últimos años merece recogerse por lo que a nuestro neolítico corresponde, las afirmaciones del Profesor Saller. que tal vez por ser demasiado analítico el método por él seguido no ve el bosque o grupo racial por mirar al árbol o cráneos aislados. Destaca que la población fundamental de la Península, dolicomescrania, es de formas muy variadas,

parecida pero no idéntica a la de Cro-Magnon, y lo que Jacques asimiló a este tipo y al pirenaico occidental son probablemente equivalentes a las formas dolicocefalas, de las que se separan algo el cráneo número 4 de Salamó y el número 3 de Mugem, más altos y de frente más amplia, quedando los que él llama cráneos defectuosos de órbita alta como variedad del *Homo fossilis* de Brun. También reconoce en algunos cráneos largos del Argar las facies neanderthaloides de la Chapelle-aux-Saints, estableciendo, por tanto, la continuidad racial del paleolítico al neolítico, incluso con los negroides, y resultando en total una etnogenia análoga a la de las regiones del Danubio. Es seguramente excesiva, como veremos probada con mayor número de cráneos de los que utilizó el erudito Profesor Saller, la subdivisión en doce grupos y aun en nueve, por carecer de valor: el complejo de los dolicocefalos; el grupo esencial de seis cráneos de occipital anchísimo y leptorrinos; el otro grupo dolicocefalo, y el llamado también especial del índice cefálico de 78, y la estimada como incógnita número 54 de Argar, aunque para nosotros es evidente que los cráneos de este último yacimiento, incluidos ya en plena Edad del Bronce no pueden fundirse en una masa algo homogénea raciológicamente, no ya con los neolíticos, sino con los propiamente eneolíticos de los albores del período del bronce.

Por muy conocidas no exponemos aquí las opiniones e hipótesis de algunos autores españoles recogidas hasta 1913 en la erudita obra del Sr. Ballesteros y, posteriormente, por Obermaier y Almagro al traer el neolítico por el Norte de Africa al primer yacimiento de El Garcel, en Almería, que nosotros, antropológicamente, creemos muy posterior a varios andaluces y levantinos y aun a los cráneos citados de Alcázar del Rey, aunque coincidamos con ellos en la perduración de los hombres epipaleolíticos en los litorales atlántico y cantábrico, pudiendo aceptar también la opinión de Vaufray de que los hombres creadores de las facies mogrebí e iberomauritana en

el occidente africano son nuestros libioibéricos con antigüedad de tres mil años, aunque tal vez correspondan a un milenio anterior en las culturas egipcias, mucho más precoces.

En hipótesis queda la transformación de los capsienes —nuestros libioibéricos— a neolíticos, supuesta por Bosch, coincidente con los cambios climáticos que hicieron nacer la agricultura y estabilizaron el pastoreo, diferenciando al fin del período las dos zonas, montañosas y llaneras, correspondientes a las pastorales y agrícolas que nosotros podemos demostrar que se mezclaron pronto por una verdadera mesta o trashumancia de aquellos períodos prehistóricos, y tal vez esto explique la perduración de las dos culturas neolíticas supuestas por el Sr. Santa Olalla, la del interior en todo el litoral cantábrico, y la capsiese, que continúa en el resto de España, confirmando este modo de ver la disyunción que nosotros encontramos por la craneología entre los restos de la región cantábrica y los de la central y mediterránea.

Plantéase, de todos modos, la necesidad de estudiar, como lo hemos hecho, pero no de exponer aquí, la crania del litoral norteafricano, tal vez progenie en estas épocas como lo fué en las anteriores de la ibérica, y desde los trabajos de Bertholon y su posterior colaboración con Chantre se demuestra la existencia del tipo negroide que ya hemos visto influir en algunos yacimientos mediterráneos españoles, así como la presencia de las formas largas y altas libioiberoides y el menor grupo de cabezas cortas, también representadas en España.

En el mosaico racial hay que conocer las piezas actualmente portuguesas y prehistóricamente peninsulares o norteafricanas, y a pesar de los múltiples trabajos de los antropólogos portugueses, sólo se destaca hoy para esta época la hipótesis de Mendes Corrêa, que origina los hombres neolíticos de la mezcla de una estirpe capsiese con la realizada a su vez por los hombres de Beaumes-Chaudes y los braquicéfalos de Ciempozuelos, hipótesis que por abarcar excesivos elementos estimamos demasiado inconcreta y, por tanto, ne-

cesaria la revisión, como la de considerar a los mediterráneos generados por los hombres de Beaumes-Chaudes, y, como último corolario, la de unir con los actuales portugueses los actuales valencianos, similitud que puede arrancar de la consideración de la inexistente raza atlantomediterránea. Objetivamente la comparación del cráneo de Cesareda, que es el típico portugués, con los españoles, sólo nos permite asimilarle al femenino de Alcázar del Rey, tal vez propiamente preibérico en el sentido ya protohistórico de esta palabra, y nada más dan de sí los recientes trabajos de Athayde sobre la Gruta dos Refugiados, y de él y su colaborador C. Texeira acerca del esqueleto de San Paio de Antas, que tal vez en los dos casos puedan aproximarse más a los dolicohipsicéfalos libioibéricos que a los de Cesareda y Cascaés y a los de la estirpe de Mugem, tipos de la craneología portuguesa.

Los tipos craneales de la doble época.—Repetimos que antes de etiquetar con nombre o raza a un grupo humano cualquiera, es preciso caracterizarle descriptiva y métricamente, destacando los grupos que continuando el análisis nos dan los caracteres determinativos o significativos que permitan personalizarlos racialmente, y que con probidad científica justifiquen la asignación a un grupo racial ya conocido o crear un nuevo nombre para él. Si hemos seguido este necesario criterio para conocer los hombres del paleolítico y del mesolítico, alumbrando por una verdadera disección osteológica los tipos dolicocefalos del pleistoceno y la aparición de los protobraquicefalos y la distribución de los hipsicefalos o cabezas altas de la platicefalia inicial, con más motivo es exigible este *modus operandi* al multiplicarse las formas craneales por aparición de nuevos tipos, o creación por mezcla o fusión de nuevos grupos; todo ello como base de la distinción propiamente racial o nominación antropogeográfica de los diversos pobladores peninsulares.

Es verdaderamente, no ya interesante, sino *a priori* sorprendente, la estabilidad de los tipos craneales, distinguibles

según los grupos del índice cefálico, desde las más antiguas edades prehistóricas hasta comenzar las históricas, pues el porcentaje, en el total absoluto de todos los ejemplares, es de 40 dolicocefalos, 38 mesocéfalos y 14 braquicéfalos, y tomando estos valores como tipo medio sintético de comparación, hallamos que la diferencia entre las épocas unificadas paleolítica, mesolítica y neolítica, es decir, la propiamente prehistórica, y la última constituída por los cráneos desde la época del metal hasta comenzar las edades históricas, o sea la protohistoria, es sólo de una unidad, lo que prueba la fusión realizada en los milenios anteriores.

Sólo enumeración, pero no descripción ni aun sumaria, haremos de estos tipos craneales, base de los raciales que luego trataremos, señalando que los dos focos craneológicos, el norteño braquicéfalo y el levantino dolicocefalo, se destacan ya en aquellas épocas, pero que estos últimos, como ya hemos visto, se personalizan en grupos por la altura de la cabeza más que por la longitud, y se estabilizan en regiones ya marcadas, de modo igual a lo que ocurre con los opuestos hombres braquicéfalos que abocetan ya sus tres grupos, el ya indicado, tal vez primitivo y muy disperso, el mejor definido y posterior de los hombres béticos y el todavía más concreto y moderno de los protocántabros, en que hombres y mujeres hacen significativa la raza. Simple mención haremos que contrasta con la mayor dificultad de su estudio, del interés que por su propia indefinición tienen los grupos de cabeza equilibrada o mesocefálica, que en Cataluña y Andalucía occidental estudiamos como complejos o resultados de fusión de razas y en Vasconia se destaca por su carácter propio y conocido.

Os libro también, aunque forma parte del trabajo de investigación del que éste es anticipo y resumen, de la exposición de los análisis supletorios que aumentan el valor diagnóstico de los caracteres generalmente estudiados con otros que permitan la distinción de algunos tipos ya destacados, y dediquemos el tiempo que esto nos llevaría a tratar de los

grupos bautizados raciológicamente, que para el general conocimiento interesan más que estos que quedan incluseros o anónimos, aunque no lo sean para el diagnóstico antropológico.

SINTESES RACIOLOGICA DE LOS HOMBRES PREHISTORICOS

Guiados por una verdadera ley que estatuyó el Padre Acosta como base del establecimiento de las hipótesis generalizables, al escribir que “cosa extraña es que el hombre no pueda alcanzar la verdad sin imaginaciones, pero si de ellas sólo se deja guiar no sale del error”, establecemos los grupos raciales que estimamos básicos para la etnogenia española. Repetimos, para no inducir a error, que empleamos la palabra “raza” en el sentido más amplio y elástico, como simple agrupación de formas y medidas transmisibles y aun fijadas durante cierto tiempo por la herencia; aunque ampliamos el concepto afirmado por Broca y renovado por Esickstedt que no hay raza *standard*, si bien puede llegar a constituirse el tipo nacional, que, según el Profesor Fischer, es la herencia de cualidades inalienables, morfológicas, psicológicas e históricas.

Aspirando al método del naturalista que tiene en cuenta todos o un gran número de caracteres al menos, y no contentándonos con el sistema generalmente dicotómico y fundado en un solo carácter, abocetamos esta síntesis raciológica de la crania prehistórica española, por primera vez revisada y comparada en 180 yacimientos, de ellos 46 antropológicamente muy completos y en más de 70 supletorios, los más esenciales datos de sus restos, procediendo de todos una cifra muy poco inferior a 300 cráneos que con plena probidad científica permite sentar afirmaciones generales.

En todo el proceso que sirve de base a estas conclusiones hemos utilizado los tres tipos metodológicos para conocimien-

to y comparación de los restos, que son: el esencial o intrínseco para el estudio de las formas y medidas de los propios ejemplares, que constituye el conocimiento anatómico y antropológico fundamental para esta investigación; el de los yacimientos por localidades y zonas regionales, que desde las primeras exploraciones permiten distinguir un acantonamiento geográfico más o menos extenso, y a veces duplicado, de cada uno de los tipos raciológicos que posteriormente y en el español actual separan, por ejemplo, la región cantábrica antipódica de la levantina, la bética de la catalana, aunque en ambas los tipos medios y las mezclas den la característica, y, para no repetir lo antes escrito, los hombres de la Serranía Central o Carpetana, tan distintos en su multiplicidad de los del Pirineo, en que se exagera la variación, todo ello dentro de un tipo fundamentalmente peninsular.

El tercer criterio, que es más bien la síntesis metódica para bautizar o denominar los tipos raciales, nos ha obligado a la comparación de nuestros ejemplares con los cráneos típicos o normativos, como los de Neanderthal, Cro-Magnon y cuantos otros constituyen la terminología raciológica, y sin exceso de temeridad científica nos permite destacar algunos tipos hasta hoy innominados en la Península, proponiendo un nombre para cada uno de ellos, con tanto motivo al menos como el de muchos que pudiéramos estimar clásicos, fundados la mayoría en un solo y aislado ejemplar, en tanto que nosotros sólo nos permitimos hacerlo al multiplicarse el número y presentarse en diversos yacimientos con iguales caracteres craneales y análogas condiciones cronológicas y tipológicas.

Insistimos en lo predicho al comenzar el trabajo: que para el conocimiento del hombre y su raza es él y no los objetos de su cultura material los que representan la primacía y casi totalidad del conocimiento, pues los prehistoriadores del porvenir no confundirán jamás por encontrar con sus restos en esta Edad del Acero a un nórdico alemán con un africano de la zona ecuatorial.

Los grupos extinguidos y los continuados.—Haciendo un resumen sintético de la raciología peninsular, vemos que el primitivo hombre español fué hasta hoy el de la raza de *Neanderthal* del período musteriense en el paleolítico inferior, aunque abrigamos la sospecha esperanzada de que se encontrarán los restos del que le precedió y que fué el autor de las hachas y otros objetos encontrados en los períodos anteriores; el final del paleolítico dió también algunos restos, como vimos en el cráneo de Camargo y cuevas de la región cantábrica, aunque no son testimonios suficientes para establecer la transición al hombre del período actual representado por el Cro-Magnon, y sólo como problemas planteados establecemos la continuidad aislada y por herencia muy atávica y limitada en el cráneo de Alcolea de Córdoba, y parcialmente en otros señalados por autores extranjeros del primer poblador peninsular y la transición por los cráneos *asturienses* de Valdediós, coetáneos de los que formaron los paraderos o concheros de la desembocadura del Tajo.

Completan las razas precedentes, que de un modo concreto podemos estimar extinguidas, los *negroides* —que creemos destacar por primera vez en España—, que como en Portugal pueden aparecer antes que los propios cromañones, y cuyos restos constelan algunos yacimientos del protoneolítico andaluz, característicamente, como vimos, el de la cueva de Los Letreros, muy en relación con formas cefálicas norteafricanas del período capsense y de la época neolítica y aun posteriores, lo que nos obliga a dejar en duda la solución de los poquísimos restos craneológicamente capsenses encontrados en la Península; duda que es un eslabón posible entre lo negroide y capsense y lo Cro-Magnon norteafricano.

Han continuado perdurando en épocas posteriores a la Edad Neolítica, pero muy típicamente en ella, las otras tres formas procedentes de las edades paleolíticas y mesolíticas. Forman un primer grupo que, insistimos, hay que distinguir y separar: los restos de *Cro-Magnon* y los denominados por

nosotros libioibéricos; los primeros, que nos unen a Europa, disarmónicos inversos totales por cráneo y cara, y parcial en las regiones de ésta, como hemos probado; mesocéfalos y de cráneo bajo y ancho, que no se presentan puros en ningún yacimiento, sino mezclados con los altos cráneos libioibéricos y algún braquicéfalo, lo cual nos permite apuntar la duda de si han sido posteriores en la etnogenia española a los anteriores tipos, que plantean el problema de su continuidad, atenuando su número hasta los actuales guanches de Canarias.

El grupo *libioibérico* que venimos destacando, y al que por razones ya dichas al denominarle no podemos llamar ibero-romauritano por ser esta un área más limitada y posterior cronológicamente, no sólo ha perdurado, sino que contrariamente a lo que en el Cro-Magnon ocurre, amplió su número y extensión indudablemente por refuerzos de Africa que el Cro-Magnon no tuvo, salvo por alguno muy limitado de las invasiones nórdicas, ya protohistóricas. Plenamente establecida la distinción entre el Cro-Magnon y el Combe-Capelle, puede incluirse nuestro libioibérico en la filogenia de éste, estimado como el *protolibio*, y tal vez entró en España en la época auriñaciense, representando a los hamitas en la subespecie llamada por algunos autores *Homo etiopicus*, y pudiéramos admitir —respetando el derecho de la tipología a una exacta cronologización— que el primer representante es la mujer de la cueva de Alhama de Granada, ultradolicocéfala, más, a pesar de esto, corta por la relación modular, de cabeza altísima y estrecha, y por ello apareciendo de frente ancha no muy chata de nariz, pero sí baja de órbita, es decir, el arquetipo de lo que son los libioibéricos, representando a la Eva preibérica, y tal vez seguida por la mujer coronada con la diadema de oro de la cueva de los Murciélagos, en la misma serranía granadina.

Lo que es indudable —y estimamos probado por nosotros— es que no hay la sucesión genealógica que estableció Antón al crear la raza de *Alhama* entre esta raza y la siroárabe, como

tampoco entre lo Cro-Magnon y libioibérico, por ser opuestos los dos tipos de cada uno de estos dobles grupos.

Es evidente la plena fijación de este tipo en la edad neolítica y el principio de su diversificación en la eneolítica, principalmente en las dos regiones en que domina, como son la levantina y la serrana central, pues no es preciso repetir las diferencias craneales que las distinguen, permitiendo sospechar modificaciones progresivas en el litoral mediterráneo y permanencia del tipo primitivo en las escabrosidades de la Sierra Central y en sus llanuras esteparias, pues por ellas se extendió hacia el Oeste, bajando por la cuenca del Duero, más probablemente que ascendiendo por ella desde Portugal, ya que ha dejado posterior representación que se destaca en los pronunciados cráneos dolicocefalos de la provincia de Zamora, principalmente en su zona montañosa, siendo tal vez la última representación de los invasores capsioses o protohispicéfalos, a los que por razones ya dichas no hemos conservado el nombre meramente arqueológico de la pequeña comarca norteafricana, que racialmente no es única ni la más típica cuna de esta variedad.

También es claro que pueda admitirse a este grupo como el de los *protoibéricos*, que a la postre han de representar al hombre mediterráneo de Sergi, cuando su evolución progresiva determine la disgregación de las formas españolas modernizadas de aquellas arcaicas y bastas que continúan en el litoral del norte africano, iniciándose en la propia España la distinción del tipo serrano-castellano y aragonés, y del levantino litoral, y tal vez de la llanura del Ebro, origen de los eneolíticos, que nos han permitido ya personalizarlos antropológicamente.

Al perdurar los *protobraquicéfalos* aparecidos en el mesolítico, plantéase la necesidad de distinguirlos de los braquicéfalos de edades posteriores, ya que juntas las dos corrientes aumentan el número y destacan el tipo en varias regiones, como hemos visto al tratar de dicha forma cefálica en esta

época. Queda hoy en hipótesis de trabajo el estimar como braquicéfalos autóctonos a los tipos del yacimiento neolítico de Alcolea de Córdoba, y a los conocidos cráneos de Ciempozuelos, si tuvieran relaciones de altura análogas a las del cráneo andaluz, y tal vez al cráneo de mujer de la cueva de Enguera, todos ellos bajos y anchos; pero ya difieren las tres mujeres de la serranía central, anchas de cabeza, pero variables de altura, ya que se distribuyen en los tres grupos.

Quedarían, por tanto, en estirpe diferente, y probablemente con cronología posterior, las otras variedades de cabeza corta que representan los cráneos béticos, más o menos adscritos al período del cobre, como son los de Jabugo, en Huelva, y las estaciones cordobesas, todos ellos anchos, bajos de altura, alcanzando algunos el tipo medio, pero homogéneos por la cara y sus regiones y desde luego perfectamente separables de los andaluces orientales, y con cierto derecho a ser estimados como *tipos nuevos*, como los primeros prospectores del metal en nuestra Península. Esta zona braquicéfala está indiscutiblemente unida en edades posteriores a la de igual carácter extremeña, llegando por refuerzo o modificaciones, que corresponden a la protohistoria, a la formación de la cabeza corta y alta, tipo que hace casi medio siglo destacábamos como de influencia céltica en las regiones medias del Tajo y Guadiana, aceptando las fuentes clásicas de nuestra geografía antropológica.

Más derecho aún a ser estimados como *tipos nuevos* son los braquicéfalos de las minas asturianas, que corresponderían a la invasión norteña de los prospectores por el litoral, más tardía seguramente que la de los hombres calcolíticos andaluces, aunque queda la posibilidad de un origen común si se les supone subiendo de esta zona a la cantábrica por los más viejos caminos de explotadores de minas a través de las sierras extremeñas y leonesas; pero aparece la dificultad de que el cráneo eneolítico de la cueva del Bufón, en Vidiago, límite de la máxima braquicefalia, debe ser anterior a los mi-

neros del Milagro y del Aramo, aunque para nosotros su inclusión en el primero de los tres grupos de cabezas redondas, que llamamos protobraquicéfalas, no está autorizada por las relaciones morfológicas ni por las analogías métricas de los cráneos de la España central; lo que sí puede afirmarse es un cierto fondo de filiación común entre béticos y asturianos, separados, sin embargo, de los posteriores tipos de las invasiones almerienses, que establecen plenamente el dominio de la propia de los metales, aunque fueran precedidas en la Península por estos albores del uso del cobre.

Los nuevos tipos raciales: — Justificada ya la necesidad científica de destacar, como hemos realizado, al tipo libioibérico, separándolo del Cro-Magnon, hecho el más esencial de la etnogenia española, añadimos ahora los de otros dos seguros y comprobados y otro probable y en estudio, que corresponden precisamente a las tres etapas neolítica, eneolítica e inicial de los metales, quedando reducida la tarea presente a darles nombre y concretarlos en una frase descriptiva, según la sistemática perduración del gran naturalista Linneo al terminar el segundo tercio del siglo XVIII.

Analizada y descrita con bastantes detalles la serie de cráneos de *Alcázar del Rey*, la presentamos como la variedad o raza más característica del neolítico español, y creemos posible y fundada su denominación de *raza manchega* en atención al yacimiento de que procede y a cierta continuación de sus formas en toda la gran zona cuyo nombre hizo perdurar la españolísima figura de Don Quijote. Singularizada su completa diferenciación como dolicoideas largos, estrechos o medios de anchura como lo son por su altura; de cara media o alta, de igual modo la nariz y la órbita y, por tanto, por esta norma facial como por la posterior de un característico perímetro transversal en forma de arco de herradura. No sólo por probidad científica, sino por la demostración de la característica personalidad de esta variedad racial española, hemos extremado el análisis morfológico y métrico con el estudio

de las diferencias del diámetro anteroposterior al iníaco y, por consiguiente, de sus respectivos índices, comparados ambos con el diámetro transversal; del detalle de las curvas horizontal y sagital o media vertical y de la relación de la primera al diámetro anteroposterior, demostrativa de los aplastamientos o abombamientos laterales del cráneo, y por todos estos caracteres sepárase el tipo de los otros de modo evidente y confirma la superioridad del mismo sobre los anteriores, principalmente destacada en el sexo femenino.

Eximo a los oyentes de otras ampliaciones de análisis craneológicos, fundamentalmente las de la frente en sí misma y en las relaciones con los cráneos posteriores y con la cara, demostradoras todas ellas de la novedad y superioridad cefálica de este tipo.

Dejamos en suspenso hasta la plenitud de análisis de los cráneos protohistóricos el estimar a esta raza como la protoibérica, ya que por ahora, aunque su morfología lo permite, el resto de los caracteres puede dar también esta paternidad a los eneolíticos que a continuación exponemos.

Especial desarrollo hemos dado al grupo de los cráneos *eneolíticos*, representado fundamentalmente por los procedentes de la cueva de los Hornucos, en el valle alto de Campóo, y plenamente análogos a los catalanes de la misma edad de los tres yacimientos de las tres provincias litorales, tipificados por los cráneos de Salamó, pudiendo agregarse a ellos los de igual tipo de Calaceite en el bajo Aragón Turolense, tan relacionado con Tortosa. Por este reparto en todo el curso del gran río nos permitimos llamarla *raza del Ebro*, sin que esto prejuzgue su filiación procedente de los que recibieron el nombre de iberos, como ya hemos dicho.

La mayor dificultad está en la separación de este tipo del que, seguramente anterior y tal vez progenitor en Levante y la serranía central, hemos ya destacado como el libioibérico: pero basta una somera comparación de su morfología y un pequeño análisis de los valores de medidas e índices para des-

tacar y personalizar a este nuevo tipo, que en caso extremo podría ser una segregación filogénica de aquellas paleoformas, comparadas con las cuales representa un progreso y afinación cefálica que permite inmediatamente distinguir los dos grupos.

La distinción de los otros cráneos norteños está geográficamente establecida, pues la gran cadena de los Pirineos cantábricos no permitió comunidad de origen ni analogía de formas entre los habitantes de la gran fosa tectónica del Ebro y los litorales del Cantábrico, ya que los solos cráneos de la misma época eneolítica en Asturias, como son los de Vidiago, no apuntan siquiera posibilidad de parentesco morfológico ni métrico.

Al tratar de los protobraquicéfalos precedentes al neolítico, apuntamos ya la idea de una triplicidad, o al menos duplicidad de los orígenes de las *formas braquicéfalas*, destacándose como las que pudiéramos estimar autóctonas y anteriores a toda la invasión de los metales, que dan los tipos posteriores andaluces y asturianos o el tipo único, si esta diversificación procede del tronco común de los prospectores del metal. Lo que queda seguro es la presencia anterior del *tipo braquicéfalo*, que puede seguir llamándose de Ciempozuelos, aunque sean estos cráneos los menos completos, pero cuya denominación está ya generalizada en la etnogenia prehistórica y a los que pueden unirse los citados en varios yacimientos y edades por toda la Península, principalmente del sexo femenino, lo que permite suponer es el fondo más estabilizado de este grupo racial.

Repetimos que queda en pie el *problema de los mesocéfalos*, cuyo análisis no podemos hacer en esta exposición general, aunque afirmamos que hay un grupo esencial, aparte del vasco, que esporádicamente destaca en Cataluña y Andalucía, independiente de los que pueden estimarse derivados de los cromañones de índice medio y cráneo aplastado, verdaderamente de aspecto vascoide y que se presenta en Castilla, o del

acortamiento por fluctuación del cráneo libioibérico que aparece en la Sierra Central y en algunos ejemplares del litoral levantino; grupos los dos que estarán más evidenciados al estudiar en la protohistoria los tipos almerienses del Argar.

Por último, es para nosotros indiscutible la participación del tipo *nórdico* europeo en esta edad neocalcolítica, aunque exige una demostración que no hemos terminado, y más hipotéticamente la existencia de un pueblo que pudiera ser el ligur, al que hay que buscar una representación concreta en la craneología eneolítica y de los orígenes del metal. Sigue siendo un estudio necesario la cantidad y la influencia psicológica o mental de los nórdicos en España, que Plotz y Gunther elevan numéricamente y más aún por su valor social y cultural, sobre todo estimada esta influencia después de las invasiones germanas, llegando a la afirmación de que la desnortización en España ha sido la causa de nuestra decadencia. Pero éstos, como los otros problemas planteados, tienen su análisis y tal vez su solución en las razas de la protohistoria.

UN SALTO DE LO PREHISTÓRICO A LO ACTUAL, BORRANDO LA PROTOHISTORIA.

Si no desprecio, al menos desinterés, tiene siempre el espíritu humano por lo que no sean orígenes o fines, y por ende, en esta genealogía del hombre hispano y cumpliendo esa ley del conocimiento, nos permitimos pasar desde la prehistoria a lo actual, pero con afirmación juramentada de que hice, aunque no os expongo, pues lo eliminé *a priori* de este intento, la misma indagación minuciosa en la busca de los yacimientos, detallando en el análisis de los ejemplares todo lo trascendente y general por la comparación con los pasados y los presentes, y aun con las calaveras de tierras extranjeras, pero de razas o estirpes análogas o emparentadas con las nuestras.

Ya al hablaros panorámicamente de la etnogenia de nuestra Península, presuponíamos concluso nuestro trabajo al comenzar las verdaderas edades del metal, que son las del bronce en España, porque la madre Clío aparece entre albores de más futura precisión y denomina a razas y pueblos con nombres tan propios y tan decisivos que hacen desaparecer la incertidumbre, pero he de advertiros, pues su olvido nos llevaría siempre a trascendente error, que con un mismo nombre dado siempre por la cultura pueden bautizarse dos estirpes humanas diferentes y que continuará, por tanto, en toda su plenitud de valor el diagnóstico somático, físico y antropológico, que nos permitirá distinguir por completo en una misma estación certificada como ibérica los que merezcan tal nombre, de los alienígenas que en ella les acompañaban, como siervos o como señores. Por ello os pido que me concedáis el crédito necesario para pasar de lo prehistórico a lo actual, es decir, un salto de unos cinco mil años, ya que estimo preciso apuntar, al menos, el conocimiento del hombre presente, que es el fin que os confirme el tema fundamental de esta melodía un tanto macabra, de que la fusión de los elementos etnogénicos nos ha llevado a su concepto nacional de raza tantas veces apuntado.

Hemos dejado ver varias veces que antropológicamente el umbral de la protohistoria es la época del bronce en España, representada fundamentalmente por lo almeriense o argárico, que aquellos dos ilustres ingenieros belgas, los hermanos Siret, descubrieron y estudiaron, dando base para que la Antropología destacara tres tipos: el Cro-Magnon, el vascoide y el braquicéfalo, para nosotros el más representativo de los prospectores del metal, aumentados por el propio autor, el Profesor V. Jacques, con el mediterráneo, y aunque nosotros no coincidimos con lo estatuido hace medio siglo porque el análisis detallado hecho con los nuevos elementos que liberalmente nos proporcionó D. Luis Siret, nos permite asimilar

algunos de ellos a los por nosotros destacados, y no autoriza, sin embargo, a dar ya como mediterráneo en la concreta definición de Sergi al tal llamado, que corresponde a épocas más posteriores. Pero aquí hago un esfuerzo guiado por aquel consejo metodológico del gran matemático Poincaré de echar por la borda los datos no necesarios en cada momento, y dejo tan interesante tema para otra ocasión y otros oyentes, olvidando el gran interés de las dos épocas de la edad del hierro en nuestra Península y la penuria que en todos los períodos del metal tenemos de restos humanos destruídos por aquel rito de la cremación, enemigo de la Antropología.

El mismo sacrificio hago para abandonar las simples indicaciones de que al comienzo de la protohistoria aparecen los que yo llamo pueblos etnogénicos por lenta formación; en España, los del grupo iberoide, por invasión que en su parte es refuerzo de las prehistóricas; los de las de estirpe céltica, continuadores ambos de un fantasma raciológico, como es el ligur, que tal representa en nuestra etnogenia el papel que en la química tienen esos elementos sin concretar, pero que unen dos indiscutiblemente bien fijos en la serie de la materia. Lígures que están hoy defendidos por las toponimias, que también han valido para reforzar la estirpe céltica, aunque ellas no sirvan tanto a las ibéricas que no han encontrado aún un investigador que, como Menéndez Pidal, Asín y Schulten, demuestren la gran utilidad de estas investigaciones filológicas como orientadoras o complemento de las antropológicas.

Sigue la inhibición para lo que atañe a los grupos étnicos modernos, es decir, plenamente históricos, de los que hablé al comienzo de la exposición de las fases de nuestra etnogenia, siendo de esperar que algunos de ellos, como los siroárabes, normandos, gitanos, judíos o los diversos subgrupos europeos que hemos recibido, tengan aquí algún investigador que con los modelos monográficos publicados en *Die biologie der Person*, dirigidos por los Profesores Dr. Th. Brugsh y

Dr. F. H. Lewy, nos los den a conocer en su aspecto antropológico, demográfico y social, modo pleno de determinar su influencia en nuestra nacionalidad.

ANTROPOGEOGRAFIA

Desde el principio de este trabajo salta y se destaca el concepto geográfico como fundamental en la historia racial del hombre español, y claro es que a esta concreta geografía humana debe preceder la propia y básica de las regiones naturales y continuarla y completarla en lo concerniente a las que podemos llamar espirituales, porque a esta forma de vida humana corresponden. Y así llegamos a la síntesis que nosotros perseguimos hace varios años, desde las bases meramente geoclimáticas, sus derivaciones biogeográficas de vegetación y fauna, entroncando con ésta la propiamente antropológica o somática y completándolas todas para lo que a nuestro fin atañe con la geografía etnográfica y folklórica, secuelas de la Antropología y complemento y cúpula que cierra todo el concepto de lo que nosotros estimamos preciso para el establecimiento de nuestras regiones antropológicas.

Este alcance sintético queremos que tengan y esta orientación hemos seguido en todos nuestros trabajos desde que publicamos hace muchos años el primer cuestionario de las regiones naturales, como base del trabajo del seminario de geografía humana en la Escuela Superior del Magisterio, al que siguieron los cuestionarios concretos del estudio del traje regional en nuestra Patria como tipo de lo etnográfico, de la investigación de las fiestas en lo folklórico, que nos permitieron abocetar las regiones españolas de modo tal que nos dió la más esperanzada tarea al ver coincidir la tierra con el hombre y éste con sus obras materiales y espirituales en distinciones regionales, facetas de una unidad superior nacional que fué la orientación y base sobre que organizarnos en 1924

aquella Exposición del Traje regional, que de una aparente minucia elevó el conocimiento a una trascendencia de geografía humana, y que nos permitió, diez años después, organizar de modo que puede estimarse científicamente perdurable el Museo del Pueblo Español, que, permitiendo ver las analogías culturales, representa la demostración de una unidad nacional, más útil y alentadora en el sentido histórico que la exhibición de las diferencias, más que destacadas acusadas, en los pequeños museos regionales y provinciales.

Dos guiones tiene la antropogeografía: es el primero el de la ley de fijación de los grupos humanos en ambientes análogos a los de su origen y procedencia y esto explica, sin alambicar disquisiciones sociológicas ni aun argumentos *a posteriori* de criterio histórico, cómo se han distribuido todos los invasores en el sentido etnogénico y aun han llegado a poderse considerar autóctonos en cada una de las regiones naturales de la Península, al perdurar seguramente por milenios en ella, por plena adaptación del hombre a la tierra y al clima no sólo de tipo físico, sino de paisaje espiritual y condiciones intelectuales.

Por esta ley ordenadora vemos destacarse en la España seca y soleada, si no esteparia, umbral de la misma, los grupos humanos procedentes de los oasis, desiertos y altiplanicies del Asia Menor y del Norte de Africa, quedando en ella los tipos libioibéricos y siroárabes, que en conjunto representan las diversas formas del iberismo peninsular, desde las tierras calcinadas de Almería hasta las zonas manchegas y castellanas de mínima lluvia, y creando dentro de tan grandes áreas las vegas litorales y huertanas, levantinas o granadinas, en las que los tipos berberiscos son la mejor representación de los buscadores de agua para la tierra que continúan viviendo en un ambiente seco. Por igual modo los invasores de lo que hoy se estima la zona intermedia o centroleuropea a través de montañas y bosques han ocupado toda la España húmeda y verde del área norteña, desde los Pirineos al cabo de Finis-

terre, *habitat* de los presuntos celtas, de los más modernos alpinos y de un modo genérico de hombres de cabeza acortada, mezclados a veces con los de tipo nórdico que procedentes de países brumosos se han distribuído, menos densamente, en laderas o litorales pirenaicos o cántabros, como los de estirpe leonesa o los de las regiones atlánticas de Galicia, y todos estos teoremas antropogeográficos los veremos confirmados por los corolarios y escorios de la antropodinámica peninsular.

Diferencias, sí; jerarquización, no.—El segundo criterio o espolique de la característica y formación de los grupos raciales es el reconocimiento científico de que su distinción no supone jerarquización, si queremos llegar, y tal fué nuestro propósito, a estimar el valor y fundamento antropológico de los grupos regionales y aun de su extrema representación nacionalista; preciso es, tras la labor analítica realizada, sustraer lo que de general y trascendente tienen los hechos descritos apuntados y los que al problema español conciernen como realidades histórico-naturales y no como subjetivismos de hombres y aun de pueblos.

De lo diferente a lo antagónico y de lo desigual a lo jerarquizable el paso es fácil y hasta cómodo, sobre todo cuando en lo propio halla uno lo superior, cuando el innato egocentrismo nos hace áurea medida de valores propios y los aplicamos a los extraños que son de metales viles o materias en evidente depreciación.

Quedando, pues, en nuestro propio campo, aunque tan atacado de intrusiones se vea, y defendiéndole con cuantas armas la Biología y Antropología nos den de sus arsenales, plantéase el problema del RACISMO o de la superioridad o inferioridad de las razas o grupos humanos, que es en el que convergen las tres torrenteras de la Antropología, la Psicología y la Sociología, que se despeñan de las más puras fuentes de las tres ciencias no enturbiadas en su origen por sentimientos, por deseos y aun por prejuicios, que toda aplicación del conocer ideal lleva consigo.

Aunque difusamente sostenido en épocas anteriores —de las que destacamos con el Sr. Menéndez Pidal la del siglo ix en Persia, al afirmar la inferioridad de los árabes entre todos los pueblos musulmanes, tesis propagada en España por Ben García y acogida por todos los musulmanes de origen español—, el racismo no se concreta como hipótesis directriz por el explícito anatema que el catolicismo lanzó sobre él —al proclamar la fraternidad humana— hacia fines del siglo xviii, en que brotó del saber de Schlegel, como flor de la lingüística; con el nombre de Arianismo, enjundia y médula de los pueblos de lengua indoeuropea, aunque ceñido, años más tarde, a los indogermanos, a pesar de que su segundo padre, Max Muller, negara la asimilación de la raza con la lengua.

Pero la formación de una doctrina jerarquizadora de las razas está en la obra del Conde Gobineau, que más que en la época de su aparición, en la que fué mirada como una eruditísima labor, actuó después, al estrecharse la amistad con el inmortal Wagner, y muy posteriormente al publicar el yerno de éste, el inglés Chamberlain, el libro que divulgó la teoría en el último año del siglo xix, que determinó la reviviscencia del gobinismo, ya preparado el campo por la antroposociología de la última década del siglo xix y primer lustro del xx.

Fué, como todos recordáis, la antroposociología o seleccionismo de razas, creación del alemán Otto Amon y el francés Vacher de Lapouge, y su difusión fué tal que todos los países, y no en escasa porción el nuestro, acogieron la doctrina. Hay que recordar que esta pseudo-antropología, como la llamó aquel prudentísimo director de la Escuela de Antropología de París, Luis Manouvrier, estuvo también al servicio y exaltación de la raza rubia del norte, como de modo análogo a como la mediterránea fué defendida por el más eminente antropólogo italiano Giuseppe Sergi.

Acaban estas hipótesis en pleno campo de la política, se desarrollan en el de la Historia, pero nacen en el de la Antropología, y no vale eludirlas ni por cortesía ni por cobardía,

pues actúan. Por eso los que en pleno período germinal y triunfal de superioridad o inferioridad de razas y seleccionismos supimos abstenernos de los fáciles y clamorosos triunfos de entonces, tenemos a los cuarenta años de fecha una cierta autoridad para tratar con pureza de intención y sujetos a la esclavitud de la probidad científica y al solo servicio de la verdad y del pensamiento tradicional español en estas cuestiones. Y siendo esto tan evidente, como dije al comenzar el siglo al publicar la segunda edición de las *Lecciones de Antropología*, me basta recordar que biológicamente hemos sido el pueblo que se ha fundido con más razas de América, desde California a Tierra del Fuego, creando allí un verdadero hispanoamericanismo, no latinismo.

Mas añadamos que nuestra paternidad dejó en los archipiélagos filipinos mestizos que saben honrarnos, y que todo el norte de Africa, sin que la mezcla se destaque por la analogía de las razas, está constelado de sangre hispana. Así debía ser, pues al valor antropológico de nuestra raza uníase el criterio católico universal de nuestros pueblos, que los llevaron a tratar como hermanos a los pueblos y razas de todo color y cualquier *habitat* geográfico. ¿Cómo hemos, pues, de admitir jerarquías regionales, cuando no lo hicimos con otras razas?

LAS REGIONES PREHISTORICAS

Trazado ahora el cuadro de las regiones antropológicas en la Prehistoria, sería volver a decir de modo inverso y con acentuación geográfica lo que hemos dicho como significación antropológica, y por eso nos bastará en sucintos renglones recopilar los nombres de las regiones que la Prehistoria nos ha dado con la asignación a cada una de ellas de un grupo característico de formas craneales, síntesis y representación aquí de los tipos regionales.

Sobre una primera homogeneidad, que debió ser paneuro-

pea y aun posiblemente universal, inicianse en nuestra Península las diferenciaciones regionales, como hemos visto al destacar las formas o bautizar los hombres que en cada una de ellas había, y no olvidemos que este período de diferenciación, que duró lo que el aislamiento de las tribus permitía, fué sustituido al finar la Protohistoria y comenzar la Historia por otro proceso de mezcla y aun fusión que ha llegado a la formación lenta, más que eclosión repentina, del tipo nacional.

Aparecen destacadas ya en la remotísima época mesolítica y continúan en toda la Prehistoria las dos *Andalucías*, la bética, de vegas ricas y sus linderos mineros con formas más complejas y más elevadas que la *oriental* o granadina, cuna de razas y refugio de ellas, pues desde la aparición de negroides y libioibéricos perduran en ella formas humanas que vuelven a reforzarse al ser el último foco de la dominación berberisca o libioibérica al término de la Reconquista. Esta dualidad andaluza culmina tal vez en el siglo XI, pues la población de *El Andalus* era una masa heterogénea de cristianos y musulmanes, que se distinguían por algo más que por su religión.

El *Levante* mediterráneo, almeriense, murciano y valenciano, desde el cabo de Gata hasta los Alfaques del Ebro, preséntase en toda la Prehistoria habitado por acusada representación de los tantas veces citados libioibéricos, tan medrados de talla como altos de cabeza, y en la que, a pesar de la expulsión de los moriscos, quedaron allí, más que en la propia Andalucía, las más significativas representaciones del tipo. No es, en realidad, continuidad de Levante, como podía suponerlo la Geografía, *Cataluña*, con personalidad propia, aunque diferenciadas las dos zonas catalanas, base ya de la heterogeneidad y origen tal vez de su valor étnico, contra la hipotética teoría del catalanista Rosell y Villar en su libro publicado en 1930, *La raza*, divulgado por una publicación del "Institut de Paléontologie humaine", cuyo autor aplica las hipótesis a

Provenza, dando como unidad de la raza la mentalidad y cultura, y como expresión del tipo a los gestos como caracteres raciales, confundiendo, como se ve, los elementales conceptos raciológicos y étnicos, los primeros bien distintos, como hemos destacado en varias ocasiones entre la Cataluña litoral, propia, mesaticéfala por mezclas, y la interior o montañosa, esencialmente braquicéfala, que es para nosotros una verdadera cuña residual entre el equilibrado, morfológicamente, cráneo catalán y el alto, alargado y estrecho aragonés.

Aunque la uniformidad genérica permitiría considerar en una sola región a todos los hombres de la meseta, pilastrón inmovible geológicamente y con análoga representación antropológica, hanse visto diferenciadas la *Castilla* superior del Duero, o Vieja, fundamentalmente representada por la Serranía Central o Carpetana, y la inferior, del Tajo, propiamente manchega, de la que sólo necesitamos destacar sus cráneos neolíticos, continuados hoy por el doble tipo regional del alto Don Quijote, de cabeza alargada, y el rechoncho Sancho, con cráneo de análoga constitución. Quedan por hoy sin plena inclusión en las dos Castillas la región leonesa y la extremeña, pues sólo la prehistoria del porvenir podrá suplir los datos que en absoluto faltan de sus hombres de las pasadas épocas, aunque mantengamos la posibilidad de hacerlos castellanos iberoides por tierras zamoranas y salmantinas, y los estime-mos como célticos en su representación cefálica de cabeza acortada en las onduladas comarcas extremeñas, pero formando una unidad étnica, si no antropológica, que desde hace veinticinco años llamamos *zona del Oeste*, por la perdurable comunicación que entre ambas comarcas ha existido a través de los mejor conocidos los más viejos caminos de España, primero buscando metales y después apacentando ganados, desde las innumerables dehesas llaneras del Guadiana hasta los estivales altos pastos montañoses de León. Esta distinción de Castilla afirmala León en toda la Edad Media por las grandes influencias de la España del Sur y mozárabe que con-

tinuaron a lo visigodo y románico, en tanto que en Castilla perduraba lo cántabro.

La España *norteña* podemos caracterizarla para su conocimiento prehistórico, desde muchos vascos a ningún gallego, pasando por algunos cántabros y astures. Así puede afirmarse la perduración racial, aunque no sea caso único en España, del tipo vasco, no intrusión y menos enigma, sino parte de las poblaciones europeo-occidentales, según su mejor conocedor el Profesor Aranzadí, y aunque en plena y constante reducción de área, lo bastante típica para destacar una región. Igualmente queda caracterizada la *Cantabria in extenso*, desbordada hacia la solana de sus montañas, con su fundamental, pero no primitivo, tipo braquicéfalo de cortado cogote y las varias intrusiones, que ya se han señalado, de otros tipos en otras épocas. Pero nada más que intenciones, o tal vez deseos, puede decirse del hombre prehistórico gallego, absolutamente desconocido, ya que sus múltiples arqueólogos y exploradores no recogieron ni conservaron los restos de sus antepasados para establecer la genealogía en los tres tipos actuales de la región, que pueden unificarse etnográfica y folklóricamente, pero no ciertamente por su constitución racial.

Tal vez preguntéis qué ha sido de *Aragón* en esta exploración somática de las gentes, y queda contestada la indagación diciendo que, por hoy, prehistóricamente no puede hablarse de una Aragón racial, pues en vez de extenderse meridionalmente de Teruel a Huesca, su representación corresponde a un paralelo inclinado de Noroeste a Sureste, habitado por ribereños del Ebro, desde sus propios orígenes en plena Cantabria, muy cerca por cierto del Aracillum, que merece destacarse, según Schulten, tanto como Numancia en defensa de la tierra propia, hasta las luminosas costas tarraconenses en Salamó y con representación entre ambos límites de los hombres del Bajo Aragón, que ya hemos señalado al presentar la llamada raza del Ebro. Queda, por tanto, Aragón, por ca-

rencia de restos, en la penumbra para sus habitantes prehistóricos.

Las regiones actuales como guía de las pasadas.—Volvamos a recordar que la lógica interpretación proclama como el mejor de los métodos el ir de lo conocido a lo desconocido, y que en el caso presente sería comprobar y revalorizar lo prehistórico por lo actual, y a ello nos autoriza en España la opinión de dos maestros de la Antropología, Olóriz y Aranzadi. Por ello, y con la obligada reducción, más que sintética, damos aquí, sintiendo no presentar un mapa que sería la demostración gráfica, la relación de las regiones antropológicas, fundadas en la doble observación de las calaveras y del hombre vivo, que por vez primera presentamos en el discurso inaugural de la Sección de Ciencias Naturales en el Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, Bilbao, 1915, y en el extenso trabajo publicado en la revista de esta Academia del mismo año, al presentar nuestro método “Las relaciones modulares en los cráneos de España”.

Un primer resultado hemos de recoger al comparar las series sucesivas de regiones nacidas del reparto real de los datos: el de las que en todos los autores y por todos los criterios se destacan no sólo como fijas o perdurables, sino como evidentes o concretas en sus caracteres. Y así desde el primer avance deslíndanse la *Cantábrica* y su opuesta, la *Levantina* o valenciana, y como secuelas de ellas por su arquitectura craneal la *Extremeña* y la *Aragonesa*, aunque ella nos parezca anterior a la levantina, a pesar de que ésta acusa más ciertas particularidades cefálicas. A estas regiones que pueden estimarse como más puras y aun como representativas las dos primeras de las braquicefalia y de la dolicocefalia, corresponden para declararlas puras una armonía o convergencia de caracteres en la masa general de sus habitantes y una congruencia de los mismos en los dos sexos: hombres y mujeres proceden de la misma estirpe. Aun dentro de ellas hay comarcas focales, es decir, de máxima exaltación de lo que en las

mismas es significativo, pues en la cantábrica los partidos occidentales de Santander y los orientales de Asturias, de un lado, y los del poniente asturiano, desde el mar a las cumbres con sus análogos de Lugo, son la cuna o el reducto de las cabezas cortas, anchas y bajas de España. Sea, pues ésta la tierra antes céltica, hoy alpina y nórdica, en oposición a la mediterránea o ibérica, de troquel opuesto, ya que son largas, estrechas y altas sus cabezas, que llevan la representación del hombre mediterráneo, euroafricano o, mejor, iberoinsular en sus dos etapas, que por reforzar la última a la primera destaca más en Valencia que en Aragón.

Hay otra región, siempre destacada y que da la característica media por el valor del índice, la *vasca*; valor real, no promedio de arteificio aritmético, ya que sus propias cabezas individualmente oscilan poco de 78 en el vivo y de 76 en la calavera, que es lo que corresponde a la mesocefalia española, pues las otras regiones a que hemos asignado todos los investigadores este valor lo es por mezcla y promedio de variadas estructuras cefálicas.

Fuera de estas regiones focales o presuntas puras quedan representando la braquicefalia, pero no con idéntico origen, sino tal vez del Mediterráneo oriental y Asia Menor, la Andalucía occidental o *bética*, litoral de Huelva a Málaga como acólitas en esta función raciológica de Cádiz; nos aventuramos a calificar como preferenciosos a estos caracteres craneales por su comparación con lo visto y medido en el Museum de París, merced a la liberalidad científica del fallecido Profesor Verneau y del actual Rivet.

Por el lado opuesto, adentrándose la dolicocefalia ibérica hasta llegar a tierras de Zamora y Orense, a punto de tener que estimar en lo antropológico factor común como a lo geológico a lo ibérico, de modo que, como dice Hernández-Pacheco, a nada más concreto puede aplicarse. Mas a tanto no llegamos aquí, y a *Castilla la Vieja*, o la superior, no hay modo de desglosarla de las cabezas largas, pero el análisis de sus

relaciones modulares nos permitió separarla de levantinos y aragoneses, pues ni en la estrechez ni en la altura los acompañan, haciendo patente la remota influencia de Cro-Magnon al propio tiempo que su relación con los vascos, que históricamente se confirma en el siglo XI, en el que recibe la dinastía gobernante que la orientara durante largo tiempo.

Quedan las regiones destacadas a veces por caracteres negativos, o por contraste con las vecinas, o por la complejidad de razas, dualidad de tipos o dimorfismos de sexos, exigiendo más estudios para que estas conclusiones personales pasen a definitivas. Son éstas: Galicia, que no puede incluirse totalmente en la Cantabria, ni por modo tajante separarse de ella, pues la *Galicia* litoral atlántica y la provincia de Orense rompen esa unidad de raza, aunque persista la de pueblo; *Cataluña*, en la que por su situación y propio valor geoclimático han vivido y dejado sangre multitud de estirpes raciales y su heterogeneidad antropológica sólo es comparable a la de *Andalucía oriental*, penibética o granadina, donde la explicación de su poligenismo es clara, pero no está hecha; y por fin, la *Mancha*, que entre Levante y Extremadura interpone un anti-guo complejo racial que rompe por mitad las provincias de Toledo y Ciudad Real, dejando las tierras quebradas del poniente en el área extremeña y prolongando sus dominios al saliente hasta el borde o escalón que baja a las fértiles tierras levantinas, “de las que sus habitantes no pasan por no atravesar la hosca y triste meseta que les separa de sus hermanos en litoralismo, los portugueses”, como escribía un valencianista cien por cien, como es normativo decir.

Mas, fuera de estos focos y estas regiones, quedan tierras de *marca* y paso muy típicas algunas, que para mi criterio son comarcas o países dignos del estudio que las limite y defina, para incorporarlas a estas grandes regiones, incluso antropológica o etnográficamente, pues los tipos humanos comarcales hoy admitidos por la moderna raciología son de hondísimo interés, precisamente porque en ellos se manifiesta la

variedad mesológica que sobre el tipo de herencia, genos racial o nacional, ejerce la acción perdurable de un medio biogeográfico definido. Ciertamente, por no citar más, que las grandes comarcas de Murcia y Rioja tienen derecho a representación, pero la primera es el caso típico de su dimorfismo sexual, es decir, de la distinción étnica de hombres y mujeres que se van asimilando a los tipos valencianos o almerienses-granadinos, pero ambos sexos, contrastando con las gentes de Albacete a Murcia unida en las divisiones históricas. Esta heterogeneidad de sexos la confirma Menéndez Pidal al afirmar que en la alta Edad Media “la mayoría de las mujeres procedían del Norte, de tipo europeo”, nuestro Cro-Magnon de la Sierra Central.

La *Rioja*, que Aranzadi destaca, es por nosotros considerada étnicamente como comarca disociable entre Aragón, la baja Navarra y las sierras sorianas y burgalesas, esas tres regiones, pues a ellas se une o separa según el carácter que se tome de reactivo. Aunque menos destacadas, hay otras regiones admitidas por algunos autores y más aún por la opinión vulgar, como la *Montaña* santanderina, que no puede separarse de la región cantábrica a la que da nombre; la *Alcarria*, que no hay razón para desglosar de la zona serrana o castellana; hay, por fin, otras, personalizadas a veces por la actividad económica de sus moradores o por exaltación literaria o artística; quedan en este grupo el Bierzo, la maragatería, las tierras de pasiegos y meneses con las Encartaciones, las Ribagorza y tantas otras que no es necesario enumerar.

Preciso nos ha sido para definir la conjunción de raza y pueblo, o sea la dualidad hecha unidad de lo antropológico y lo etnográfico, admitir las que para conservar las regiones esenciales llamamos *zonas*, que están formadas de trozos de regiones o unen algunas de éstas. Son evidentemente destacables de modo natural la *Pirenaica*, la *Serrana* central o Car-

petana; y de la que ya hemos tratado, la leonesa o zona del Oeste.

Casi es innecesario destacar aquí las ya tratadas por aparecer desde la Prehistoria, zonas serrana y pirenaica, ambas de tipo hipsométrico y de fisiografía homogénea en cada una de ellas, lo que da análogos fenómenos en la vida y costumbres, y aun pudiéramos decir con los modernos criterios de Eichenauer, en su curioso libro *Música y raza*, y el no menos sugestivo de Schultze, *Arte y raza*, que el espíritu creador de su folklore se ha unificado en cada zona por ese predominio del medio sobre el hombre.

Antropodinámica interregional.—Derivada o, mejor, creadora de la antropogeografía, que es estática, es la *antropodinámica*, nombre que preferimos al anfibológico de biodinámica, ya que estudia los motores o funciones activas que determinan el reparto espacial de los grupos humanos. Ciencia de trascendencia siempre, e interés actual ahora, en que la teoría del *espacio vital* ha trascendido a todas las actividades humanas de modo que no es preciso destacar, y que nosotros ni admitimos ni combatimos para que sea explotada por ninguna raza o grupo humano en concreto, sino para que sea rectora de la utilización del globo en una confraternidad espiritual y económica por muchos siglos posible, ya que el malthusianismo más exagerado no puede afirmar que todas las tierras del planeta están utilizadas de modo adecuado.

Para nuestra España, todo lo anterior creemos que viene demostrando que desde la estabilización de la época moderna los movimientos han seguido las mismas líneas que en toda la Reconquista, desde N. a S. y de O. a E., es decir, antropológicamente de los países de estirpe céltica, alpina y nórdica a los de la mediterránea y euroafricana.

De sierras a llanos, de Norte a Sur, dirígense estos movimientos que la biogeografía, más que la propia Antropología, originan, pero el hecho es que siempre son los grupos braquicéfalos de todos sus orígenes, como si los uniera un fondo

común, alpinos, célticos y nórdicos, los que los realizan hacia las tierras ocupadas por dolicocefalos mediterráneos, salvo en la Prehistoria y en los albores de la Historia, por invasiones y conquistas, sin que falten, claro es, grupos de éstos que afluyan a comarcas llanas, acogedoras y feraces, que son las gastadoras de hombres, como las serranías y montañas son las productoras de ellos. Torna así esta cuestión a un problema demográfico en que las razas o grupos de pobreza económica tienen más riqueza biológica y más expansibilidad étnica. Cúmplese también la conocida ley geográfica de ser las tierras ricas y feraces las que más cambian de dueño, y, por el contrario, las que menos varían de señor las pobres y estériles, separadas de las grandes rutas naturales, en las que perduran los pueblos que pueden estimarse como estables al quedar aislados en zonas y comarcas no deseadas por los grupos raciales movidos por la necesidad o el deseo de paraísos o arcadias o riqueza del suelo y bondades del clima.

Pudiéramos decir que la Reconquista con sus focos norteños, cántabros y pirenaicos y las estaciones intermedias de las serranías centrales siguen actuando como repobladoras de hombres y aun explotadoras de riquezas de las regiones meridionales y levantinas; en éstas, esencialmente, porque faltan hombres, y en aquéllas porque el total del trabajo no se realiza por los indígenas. Precioso problema que vemos resuelto por los datos que anteceden, evidenciando el aporte cántabro a la bética, de serranos a Córdoba, de pirenaicos y aragoneses de la estepa a Cataluña, de *churros* turolenses y manchegos de la altiplanicie a Valencia, de cazurros de las montañas leonesas a la Castilla llana, de las parameras de la alta Extremadura al litoral andaluz y la de gallegos al centro de España; siendo Madrid la expresión craneométrica de este flujo de cabezas cortas o medias, probando ya Olóriz, hace cincuenta años, que la relativa braquicefalia de la capital es la expresión de ser la síntesis de todas las regiones.

Pero afirmemos que Castilla es el pleno campo no sólo de

esa absorción del hombre, sino de la expansión de sus ideas, ciertamente por ser las más generales del país, y por ello la expansión racial castellana en las dos mesetas e incluyendo la fosa del Ebro, ya que en estos hechos Aragón juega igual papel que Castilla, es el fenómeno general y perdurable a través de la historia de España.

En reciente ensayo que hemos publicado de *Antropodemografía española* hemos visto, guiados exclusivamente por datos estadísticos, que se destacan hasta once regiones, coincidentes las establecidas con las llamadas naturales, dando a este concepto el de síntesis y sumarial de todos los caracteres que en una determinada región pueden estudiarse, y que reafirmamos por ello su existencia con estas divisiones caracterizadas por índices y coeficientes propios de su densidad de población, su natalidad, nupcialidad, mortalidad y migraciones, es decir, de cuanto por el propio número puede investigarse de un grupo humano.

DESTINOS ETNICOS

Si como finalidad se admite la predeterminación de los destinos raciales, no cabe para nosotros duda de que ha de entenderse de la totalidad sintetizada por tiempo, vida común e historia de los grupos étnicos españoles, y puesto que el problema no es zoológico, sino humano, no hemos de volver a tratar de la investigación biológica de las razas que desde hace muchos lustros nadie identifica con los pueblos y que de más antiguo todos separaban de las naciones. Tampoco hay que recoger lo ya dicho, y yo pretendo quede demostrado, de la reducción o fusión de razas en España, estimada por antropólogos extranjeros al ver el *tipo* español y no las modalidades regionales y aun comarcales, que nosotros, por visión total o por múltiples artificios y reactivos biológicos, an-

propológicos, etnográficos y folklóricos, gustamos distinguir como deleite de ser la variedad en la unidad.

Al hablar de destinos étnicos, hemos de hacerlo de los integrales de la nación, y como refuerzo de la opinión propia en su existencia y en su nacionalización traemos aquí la de un escritor, tal vez el más orientado en estas vías antropogeográficas, el Sr. Ortega y Gasset, que hace bastantes años escribía: “El carácter étnico, principio diferencial, melodía orgánica del pueblo, es siempre idéntico a sí mismo y perfectamente determinado... como fondo biológico que rige invulnerable. Podemos vacilar al definir la divergencia entre nuestro temperamento y el francés o el inglés; pero la sentimos inequívocamente. Se trata de tipos vitales irreductibles uno a otro.” Confirmando este sentido nacional hispano, añade: “cierto internacionalismo ha pretendido ligeramente nivelar, con un conjuro caprichoso e inválido, las diferencias entre las naciones, e impulsado por lunáticas aspiraciones ha urdido una pseudocultura en que fingía ignorarlas”.

Resurge, pues, para nosotros vital y briosa, como fuerza orgánica y faro espiritual, esa acción de los destinos étnicos nacionales, realizada por lo que hace años se llamó *Etnia* y ahora se confunde el vocablo como sumarijal de raza, pueblo, tierra, lengua, religión y Estado, subsistente aunque falte algún sumando, con tal que queden los esenciales como fuentes energéticas de la Etnia.

Fácil sería aportar refuerzo de opiniones de los españoles más esclarecidos, pero límitome a utilizar para dar máxima autoridad a estos asertos a lo que tres *cumbres de la raza* pensaban y decían: Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Cajal son los que definen y limitan el fecundo y patriótico campo del regionalismo español y el nacionalismo separatista.

Decidido regionalista, Menéndez Pelayo proclamó contra un centralismo que sólo atrofia de las regiones producía, en daño y desequilibrio de la patria total y única, y ejemplificaba esto con las literaturas regionales en la exaltación de

la ciencia española y en proclamar nuestra filosofía en ocasiones solemnes: al contestar a Vallín y Bustillo, al cantar a la Cataluña española en 1888, como lo hiciera antes en su memorable discurso del centenario de Calderón de la Barca, en el que sentó las bases de la españolización de la cultura, con lo que llamó concretamente hispanismo para sustituir el más vago concepto de iberismo. En este sano regionalismo nadie le ganó en admiración y elogio a Cataluña, como a las otras regiones; pero proclamando con su maestro Milá que Castilla era la hermana mayor y que su lengua tenía el deber de ser la oficial en la nación.

De Menéndez Pidal, no en balde autor de *La España del Cid*, tomo unas concretas afirmaciones hechas en 1931, cuando se inició aquel alocado movimiento estatutista: “Nada de autonomía a chorro suelto. Autonomía satisfactoria con el menor desgarrón de las mallas seculares”, y completaba su anatema contra la corriente federalista diciendo: “Federarnos es algo parecido a divorciarnos.” Y en su gran saber histórico daba plena demostración y autoridad a sus afirmaciones al proclamar que “Galicia, Vasconia y Cataluña se puede decir que vivieron unidas a un imperio toledano o leonés, a un imperio castellano, a un reino aragonés. Sólo la manía —añade— de inflar el hecho diferencial en las regiones ha creado la apariéncia de base real para sus alegaciones.”

Séame permitido cerrar con Cajal, por gratitud y por justicia, esta crisología del patriotismo, copiando lo que en su última obra constituyó su fe de españolismo: “Me es imposible transigir —dice— con sentimientos que desembocarán andando el tiempo, si Dios no hace un milagro, en la desintegración de la Patria y en la repartición del territorio nacional. Semejante movimiento centrífugo, en momentos en que todas las naciones se recogen en sí mismas, me parece simplemente suicida. En este respecto acaso me he mostrado excesivamente apasionado. Sírvame de excusa la viveza de mis convicciones españolistas que no veo suficientemente compartidas ni por las

sectas políticas más avanzadas ni por los afiliados más vehementes a los partidos históricos.”

Visto cuanto antecede por sí mismo, como fotografía de realidades y transcripción de datos, no cabe duda de que España, por su unidad geográfica, como decíamos hace años, ha fundido en lo biológico y antropológico otra unidad racial, y salvo en lo expresivo y externo de la etnografía y el folklore, otra unidad del pueblo nacional; unidad que ni por un ultratradicionalismo puede volver a los primitivos elementos, pues sería como dejar correr por pintorescas las aguas del torrente devastador sin recogerlas en canal que utilice su energía creadora de riqueza.

Mas saliendo, por ser preciso adaptarse a la Historia, del puro investigar hacia la realidad vivida en nuestros días, hallamos una necesidad de buscar y afirmar esa gran unidad, si no estuviera ya forjada. En lo que va de siglo hay dos épocas orientadas en opuestas normas: la de la Gran Guerra, disociadora de grandes Estados y creadora de nacionalidades, en el fondo movida por una idea paradisiaca de la humanidad, que transcrita a la clave española alentó de modo tal los regionalismos que al estirar esta virtud la llevó al vicio primitivo del localismo cantonal. Pero en menos de cuarto de siglo el pensamiento rector de la Historia se hizo integrador de pueblos y naciones en grandes Estados, uno de los cuales, por su doble cimiento de raza común y lengua universal, puede, debe y quiere ser España.

CONTESTACIÓN

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON EDUARDO HERNANDEZ-PACHECO

Llega hoy a nuestra Real Academia un naturalista ilustre y trabajador constante en el estudio y en el esclarecimiento de los problemas pertinentes a la antropología y etnografía de la Península Hispánica.

Por su labor sapiente; por su esforzada investigación científica; por su vida consagrada a la enseñanza y a la cultura; por el patriótico anhelo que exhalan sus publicaciones, conferencias y lecciones, y por sus estudios, siempre pertinentes a los problemas de la naturaleza hispana, D. Luis de Hoyos Sáinz, no sólo es un investigador distinguido de la ciencia, sino un sabio de reputación, sólidamente asentada y reconocida por nacionales y extranjeros.

El profesor Hoyos es dos veces doctor: en Ciencias Naturales y en Derecho. En 1891 comienza su carrera del profesorado como Ayudante de la cátedra de Antropología, cuando esta ciencia fué creada como asignatura de la Universidad de Madrid. En 1895 es nombrado, mediante oposición, catedrático del Instituto de Toledo. En 1909 pasa a la Escuela Superior del Magisterio, mediante propuesta unánime de las entidades culturales que hicieron la designación. Finalmente, al disolverse dicha Escuela, quedó incorporado, asimismo, por

unanimidad, a la Facultad de Filosofía y Letras, hasta que le llegó el momento de la jubilación.

Pero jubilación no fué descanso, ni retiro en la ociosidad, pues sus dotes de laboriosidad, su amor al estudio, su entusiasmo por el cultivo de las ciencias y su tesón, lo suplieron todo, y sigue, como puede, rumbo adelante: aprendiendo y enseñando.

Hoyos Sáinz es, ante todo, antropólogo, y, por su competencia, fué llamado para formar parte de los consejos o juntas directivas de aquellas entidades, científicas y culturales, que necesitan de las ciencias antropológicas: Vocal biólogo y antropólogo del Consejo Penitenciario, desde 1919. Vocal etnógrafo del Museo Naval y del Museo de Artes Decorativas. Creador y Director del Museo del Pueblo Español. Del Comité Internacional de Antropología, desde 1912. Del Comité Internacional de Grupos Sanguíneos, desde 1918. Del Comité Internacional para la Psicología de los pueblos, desde 1926, y del Comité Internacional de Estandarización Antropológica, de Londres, desde 1934 y reelegido en el de Copenhague en 1938.

También honraron al profesor Hoyos múltiples sociedades dedicadas al estudio de la naturaleza: así, la Real Sociedad Española de Historia Natural, que se envanece de tener en la lista de los que ocuparon, anualmente, su presidencia, los nombres de los más distinguidos naturalistas de España, desde mediados del siglo XIX; contó, entre uno de ellos, a Hoyos. Asimismo, fué presidente de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, de la cual fué el Secretario fundador; y ocupó la presidencia de la Sección de Ciencias del Ateneo de Madrid durante varios cursos, así como una vicepresidencia de la Real Sociedad Geográfica.

El académico que nuestra corporación recibe hoy en su seno era ya miembro correspondiente y honorario de la Société d'Anthropologie de París y la Deutsche Anthropologische Gesellschaft, de la Società Romana de Antropología; del Bureau

of Ethnology de los Estados Unidos, y de otras diversas academias y sociedades científicas extranjeras.

Comenzó su labor de investigación Hoyos Sáinz publicando la *Técnica Antropológica*, informada muy favorablemente por esta Academia, libro que sirvió de texto a los estudiantes españoles y americanos en su primera y segunda edición, aumentada ésta con la *Antropología Física*.

Hecha esta obra de carácter general, y publicadas con Telleforo de Aranzadi unas *Lecciones de Antropología*, sus autores trabajaron independientes, estudiando cada uno un grupo étnico español: Aranzadi, como vasco que es, sintió predilección por la investigación de las características raciales de sus paisanos y publicó la importante monografía titulada *El pueblo euscalduna*; mientras que Hoyos, de abolengo montañés, publicó, en 1893, *Los campurrianos: Ensayo de Antrometría*.

Estas monografías son las primeras que, con riguroso método científico, comienzan la labor que conducirá al conocimiento antropológico, etnográfico y etnológico del pueblo hispano; pues junto a dichos investigadores surgen otros, como Olóriz, el notable anatómico y antropólogo, con sus ingentes y notables estudios respecto al hombre vivo en España en 1894, reuniendo la mejor y más valiosa colección de cráneos que existía en Europa, por ser los 2.000 ejemplares de la colección de la Facultad de Medicina de Madrid, de individuos filiados en vida, en todos sus aspectos, pues fueron enfermos fallecidos en el hospital; colección que, aumentada con los ejemplares existentes en el Museo del Dr. Velasco, dieron a Hoyos y a Aranzadi material importantísimo para el conocimiento de la antropología española.

Los trabajos esenciales respecto al conjunto de la antropología hispana los inició por un *Avance a la Antropología de España*, en colaboración con Aranzadi, en 1892, que continuaron con múltiples publicaciones fundamentalmente *Unidades y constantes de la crania hispánica*, en 1913, y la característica general de los cráneos españoles en el Congreso Interna-

cional de Antropología de Ginebra. Conjuntamente con Aran-
zadi publicó también, el importante trabajo demográfico, con
41 cuadros numéricos y 32 mapas, acerca de la *Interpretación
de la nupcialidad, fecundidad y natalidad en España*, trabajo
que fué extractado en las revistas técnicas de Francia, Inglate-
rra y Alemania.

Los tomos del *Boletín y Memorias de la Real Sociedad Es-
pañola de Historia Natural* contienen numerosos trabajos, no-
tas y reseñas bibliográficas del profesor Hoyos: tales como
el *Ensayo de la Bibliografía antropológica de España* y los
Anuarios posteriores. Análogamente, son varias sus publicacio-
nes en la Revista de nuestra Real Academia. En la de la Aso-
ciación Española para el Progreso de las Ciencias se insertó
entre otros trabajos, el pertinente a “Cráneos cántabros de
Santander”. Siendo también importante la aportación científica
en las publicaciones de la Société d’Anthropologie de París; So-
ciedad alemana de Antropología y Congresos internacionales,
en los cuales, fué Hoyos activo colaborador.

Sus trabajos respecto a Prehistoria tienen, principaimen-
te, carácter craneométrico; estudiando, entre otros, los crá-
neos prehistóricos de Sepúlveda; los resultantes de sus explo-
raciones en San Pedro de Alcántara (Málaga); de Quesada
(Jaén); de las cavernas de Revilla de Pomar (Palencia);
Suano (Santander), etc.

Siguiendo la evolución y progreso de los métodos y téc-
nica antropológicos y, especialmente, los procedimientos fun-
damentados en el estudio de los denominados “grupos san-
guíneos”, publicó, en 1917, el trabajo titulado *Métodos, pro-
blemas y estado actual de la Antropología*, y, como consecuen-
cia de su labor, siguiendo el nuevo rumbo científico, el exten-
so trabajo denominado *Antropología de los grupos sangui-
neos en España*, de 1932, con cuadros estadísticos y mapas, en
el que reunió más de 1.200 determinaciones personales y re-
cogió las investigaciones de otros autores; estudio recopilado.

con elogios para el autor, en la revista especial *Rassen Physiologie*.

Algunas excursiones hizo el nuevo académico por el campo de la Geología, de las que son muestras las publicaciones tituladas: *Nota sobre la geología de Campóo* y *La dolomitización en la cuenca alta del Ebro*.

Más labor realizó en la ciencia geográfica, que tanta relación tiene con la antropología. Trabajos suyos en dicha especialidad son: *El nudo Cántabro Ibérico* y *el pico de Tres Mares*, pertinente a orografía, y diversos son sus estudios respecto a geografía regional, relativos a las comarcas naturales de Las Hurdes, Tierra de Campos, La Jara y otras de las provincias de Toledo, León, Santander y Galicia.

La obra del profesor Hoyos, como acontece con toda buena labor científica de primera mano, es bien conocida en el extranjero. En cuantas obras generales y bibliográficas antropológicas se han publicado desde comienzo de siglo, figuran, con elogio, sus trabajos y el nombre de Hoyos; por Ripley, en 1899, en su bibliografía selecta de Antropología; por Verneau y Vallois, en diversas publicaciones; por Pittard, en el libro *Las razas en la Historia*; por Mochi y Sergi, en Italia; por MacCurdy en los Estados Unidos; y en Alemania por Von Luschan y en la reciente obra de Eickestedt, *Rassenkunde*, y muy especialmente, en la clásica y fundamental Antropología del profesor de Munich, R. Martin.

* * *

Desarrolla el profesor Hoyos en su discurso un tema sugestivo y en alto grado interesante, cual es el de los orígenes prehistóricos del pueblo hispano.

Arranca en su disertación del estudio de los más antiguos restos humanos encontrados en la Península: El cráneo de mujer del peñón de Gibraltar, descubierto en 1848. A este antiquísimo resto humano se añadieron los, asimismo neanderta-

loides, correspondientes a un niño de unos cuatro a seis años de edad encontrados en 1925 en otro abrigo rocoso del mismo peñón español; restos humanos acompañados de abundantes piezas líticas, talladas en sílex y en cuarcita, de época musteriense, conjuntamente con restos fósiles de una compleja fauna, de época interglaciar, de mamíferos y moluscos. El tercer resto neandertaloide del ámbito peninsular hispano es la mandíbula de Bañolas (Gerona), descubierta en 1887 por el farmacéutico Alsius. Restos fósiles a los que se ha asignado una antigüedad de veinte a treinta mil años.

Es probable que también pudieran corresponder al tipo neandertaloide algunos huesos humanos hallados, durante el siglo XIX, por el geólogo Nery Delgado, en el nivel musteriense, de la cueva de Furminha, en el acantilado de la peninsulilla de Peniche, en el litoral portugués.

Los numerosos y complejos estudios y descripciones que se han hecho del grupo étnico de los neandertaloides nos dan como características morfológicas: Talla media de 1,55 metros, o sea casi de pigmeo; aspecto y características forzudas y toscas. Eran tales primitivos: cabezotas y hocicudos; de frente deprimida; arcadas superorbitales, salientes, con reborde en visera; ojos hundidos en profundas órbitas y quijada sin barbilla saliente. Brazos largos y piernas cortas, y con el tronco inclinado hacia delante, en la progresión y en la estación bípeda.

No, no podemos, ante la presencia de los restos fósiles de la mujer neandertaloide del peñón de Gibraltar, relacionar el hallazgo con el mito helénico del nacimiento de Venus, surgiendo plena de bellaza esplendorosa de la blanca espuma del fecundo mar azul. Ni podemos encontrar analogía, ante la quijada del primitivo homínido del lago catalán de Bañolas, con el mito de Apolo, el de la armónica belleza varonil, y de la cítara sonora, junto al laurel olímpico.

Mas cierto es que, ante las deducciones resultantes del estudio de los restos fósiles de animales que sirvieran de alimen-

tación a los neandertaloides y de la rudimentaria industria lítica que acompaña, en los yacimientos musterienses, a las osamentas humanas, nos representemos a tales homínidos en continua busca de comida y persecución de la caza, en vida azarosa y errabunda; agrupados en hordas de pocos individuos, para no dificultar, con el número excesivo, la obtención del alimento.

Aporta el profesor Hoyos, en su docta disertación, nuevas orientaciones respecto a la perduración de rasgos neandertaloides en los tipos étnicos humanos posteriores, coincidiendo con opiniones de otros antropólogos, y supone la continuidad de tales rasgos de fluctuación en el tipo, también prehistórico, de los cromañones; señalando, como ejemplo más moderno de tal atavismo étnico en las razas prehistóricas del neolítico, el cráneo de Alcolea (Córdoba), dado a conocer por el geólogo cordobés Carbonell.

En los negroides que habitaron, durante el mesolítico, en el Ribatejo, en el valle bajo del Tajo, y cuyos restos esqueléticos aparecen en las paraderas de la vallonada del Muge, también han creído encontrar rasgos neandertaloides algunos prehistoriadores y antropólogos portugueses.

En el comienzo del último período glaciario, sustituyen, en el ámbito europeo y, por lo tanto, en la Península hispánica, al grupo humano neandertaloide, otro tipo de hombre: el de los cromañones, con características étnicas afines a las razas actualmente vivientes en los países occidentales de Euroasia, norte de África y antiguos habitantes de Canarias.

A la desaparición de los neandertaloides concurrirían dos factores: Uno de orden climatológico; otro de orden humano. Al citado de dicho tipo étnico corresponde el ciclo cultural musteriense, que se desarrolla en el período interglaciario, de clima cálido; ciclo cultural que se agota y desaparece al principio de la glaciación, caracterizada por su clima frío, con glaciares en los altos macizos montañosos de la Península.

Coincide con la glaciación la invasión de los cromañones,

con su nuevo ciclo cultural del paleolítica superior, los cuales, al ponerse en contacto con los neandertaloides, de características físicas y mentales inferiores a los invasores, éstos los aniquilarían y desalojarían, probablemente, hacia los territorios centrales y meridionales de Africa; hipótesis que nos explicaría el hallazgo del cráneo neandertaloide de Broken Hill, en Rodesia (Africa austral), encontrado en incompleto estado de fosilización; último residuo de una raza, más débil e inferior, aniquilada por otra más fuerte, inteligente y mejor adaptada a las nuevas condiciones climatológicas europeas.

La documentada disertación del profesor Hoyos se refiere al aspecto puramente antropológico del asunto, y, aunque éste sea fundamental para conocer las características étnicas de una raza o pueblo, es complemento del estudio antropológico físico, el del *habitat* o ambiente natural, el de las características fisiográficas del país que habitan tales tipos étnicos. En el caso de razas fósiles, son pertinentes los datos geológicos y paleontológicos que determinan la paleofisiografía de la época y los suministrados por la arqueología prehistórica, siendo también estudio complementario del puramente antropológico, el etnológico y el del ciclo cultural correspondiente a la raza o pueblo, pues por el fruto se conoce el árbol.

Atento a tales consideraciones buscaremos, remontando, hacia lo antiguo, el curso de la prehistoria y de la geología de los tiempos del Pleistoceno o Cuaternario, terrenos y parajes del solar hispano donde se presenten señales indudables de hombres más antiguos que los neandertaloides de la época musteriense.

En tal respecto dos son los sitios de importancia, no tan sólo hispana, sino mundial. Estos parajes son el yacimiento de Torralba (Soria) y Madrid.

El yacimiento de Torralba, en la alta paramera de Sierra Ministra, excavado en 1909 por el marqués de Cerralbo, es un paradero de verano, de cazadores de elefantes, de la especie *Elephas antiquus*, característica del período interglaciar. A

los restos de varias decenas de elefantes acompañan fragmentos óseos del uro o toro cuaternario, de grandes ciervos y de caballo primitivo. La importancia del yacimiento consiste, entre otras características, en que comprende un único nivel estratigráfico, con lo cual no hay dudas ni confusiones, y en que, mezclados con los restos óseos de los animales cazados, se encuentran abundantes hachas de sílex o de otras piedras duras, con las cuales se partieron los grandes huesos de animales que sirvieron de alimento a la horda primitiva allí acampada. Tales instrumentos líticos son, indudablemente, de época anterior a los del mismo material, utilizados por los neandertaloides de la época musteriense, puesto que corresponden a tipos y formas características de la época chelense.

El otro paraje, de extraordinaria importancia en la ciencia prehistórica, es el valle del Manzanares, en el tramo correspondiente al contacto entre los aluviones pliocenos y las margas miocenas, abundantes en sílex, o sea en Madrid. Madrid es la capital que puede preciarse de tener abolengo más antiguo, como urbe habitada, sin interrupción, desde los remotísimos tiempos geológicos del Pleistoceno, correspondientes al Chelense interglaciario, hasta ahora.

Los yacimientos paleolíticos de Madrid, son citados constantemente en la bibliografía desde que el ilustre geólogo Casiano de Prado dió a conocer el de San Isidro, con sus hachas de tipo chelense, cuando a mediados del siglo XIX se constituían en firmes cuerpos de doctrina los estudios prehistóricos y la paleontología humana; si bien es desde hace una treintena de años cuando el impulso creciente de las construcciones urbanas ha hecho que se realicen abundantes e intensas excavaciones en las terrazas fluviales del Manzanares para la obtención de materiales de construcción.

El estudio de los yacimientos madrileños presenta dificultades importantes por causa de los abundantes arrastres arenáceos; la irregularidad y divagaciones, en las diversas épocas, de la corriente fluvial, que deshace las terrazas, forma otras

poligénicas y mezcla los niveles paleontológicos; lo cual ha dado origen a interpretaciones erróneas y a determinaciones, poco acertadas, respecto a estratigrafía y arqueología prehistórica. No obstante, se suelen encontrar yacimientos en su sitio originario, de gran interés e importancia.

Los más antiguos niveles prehistóricos madrileños son de la misma época que el yacimiento de Torralba, y, como allí, se han encontrado restos fósiles de grandes mamíferos, conjuntamente con muestras de la industria lítica chelense, constituida por hachas de sílex, algunas perfectas y cuidadosamente lascadas. Entre las piezas de osamentas que forman parte de la colección reunida, hace un cuarto de siglo, en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, destacan, conjuntamente con los utensilios líticos, grandes defensas del *Elephas antiquus* de más de dos metros de longitud; molares y restos óseos de un gran rinoceronte, el *Rhinocerus mercki*; grandes cráneos, con la cornamenta del *Bos primigenius* y del bisonte; piezas dentarias y huesos de toro, caballo primitivo, ciervo, etc.; restos, todos, que son piezas venatorias de los desconocidos hombres del período chelense.

Pero ni en Torralba, ni en Madrid, ni en parte alguna del ámbito peninsular, se han encontrado restos humanos que se pudieran determinar como pertenecientes a los homínidos primitivos fabricantes de la industria lítica chelense. Ante esta falta absoluta de los restos del hombre chelense no hay sino esperar que algún día pueda encontrarse este hipotético ser primitivo, hasta el presente desconocido; estándose en el caso de que conocemos el fruto y desconocemos el árbol que le produjo.

Donde comienza a verse claro, respecto a la constitución del pueblo hispano, es con el establecimiento en la Península, en la última época glaciaria, del conjunto de hombres nuevos; de gran superioridad, más fortaleza y de mayor inteligencia que los neandertaloides de la época interglaciaria.

Ocupan los cromañones, en su amplio concepto, la Penín-

sula; se establecen, durante sus cuatro sucesivas etapas arqueológicas, del aurifiaciense, solutrense, magdaleniense y aziense, en las cavernas del litoral cantábrico; el cual puede considerarse como el centro de expansión del maravilloso arte troglodita: fuera de la Península, hacia el sur de Francia, y, por la Península, hacia pasar el Ebro (cueva de Penches, Burgos); hacia Cataluña y Valencia (cueva de Serinyá, Gerona; abrigo del Romani, Capellades, Barcelona, y cueva del Parpalló, Gandía, Valencia); en el centro peninsular (cueva de Guadalajara y cueva del Reguerillo, Torrelaguna, Madrid). Alcanzando el extremo meridional de España, en donde dejaron importantes representaciones de su arte rupestre en la cueva de la Pileta, en Benaoján, en la serranía de Ronda.

De este grupo étnico y tal estirpe, que durante el Paleolítico superior desarrolló el más importante ciclo cultural de las razas del Pleistoceno y de todos los pueblos prehistóricos cazadores, señalan distinguidos antropólogos y prehistoriadores rasgos de descendencia en los actuales hispanos y norteafricanos: En opinión de Vernau, deben considerarse a los antiguos guanches canarios con grandes rasgos de supervivencia étnica de los cromañones. Nuestro nuevo compañero, el profesor Hoyos, ha expuesto que existe una remota influencia de rasgos cromañones en los actuales castellanos de la altiplanicie del Duero. Para ilustres antropólogos, los vascos son descendientes de tal estirpe primitiva, y, por otra parte, el profesor Aranzadi ha establecido parentescos étnicos entre castellanos y vascos.

El etnógrafo Frobenius ha sentado la idea de que las culturas son entidades autónomas, dotadas de vida propia, con un nacimiento y un acabamiento, pasando por las edades infantil, viril y senil; añadiendo que las formas culturales se alteran y trasmutan cuando se trasplantan y se emparejan con otras nuevas formas de cultura.

Ejemplo de lo expuesto es la vieja cultura hispánica del Paleolítico superior; de la cual se tiene abundante documen-

tación, respecto a su desarrollo artístico, con las numerosas localidades de pinturas rupestres.

Nace, en el litoral cantábrico, este ciclo cultural, en el auriñaciense; llega a la plenitud de desarrollo en el magdalenien- se, de cuya época son los bisontes policromados de la caverna de Altamira y los grabados de la de San Román de Cándamo, hace unos doce mil años; correspondiendo la fase de senectud al aziliense; decrecimiento cultural que se observa patente en el utillaje y también en el arte, según ha expuesto el conde de la Vega del Sella; coincidiendo tal estado de vejez del ciclo cultural del Paleolítico superior con el cambio de clima y condiciones de vida del final de la glaciación; acabando la cultura paleolítica en la zona cántabroasturiana, como una luz que se apaga.

Pero en la época del gran florecimiento del ciclo cultural paleolítico, expansionados, solutrenses y magdalenien- ses, hacia las montañas mediterráneas; puestos en contacto con otros pueblos y otras variedades, que pudieran ser las denominadas libioibéricas por Hoyos, y en otro ambiente natural, con otra fauna cinegética, se produjeron modificaciones culturales, que se revelan patentemente en las que experimentó el arte rupe- stre, que salió de las profundidades de las cavernas a la luz del día en los abrigos rocosos; empequeñeciéndose las figuras por efecto del cambio climatológico operado, que permitía la resi- dencia y la pintura al aire libre; modificándose, asimismo, los asuntos pictóricos con la adición de la figura humana a la animal, en escenas de caza y guerra, como consecuencia del acúmulo de ideas mágicas de lucha humana, a las venatorias; desarrollándose, en el transcurso del Mesolítico, el arte ru- pestre levantino, de características tan diferentes del caver- nícola cantábrico.

Es en extremo probable que al pasar la primitiva población hispana de la fase cultural cazadora a la ganadera y agrícola, o sea al constituirse el gran conjunto cultural neolítico, hu- biera, en nuestra Península, importantes aportes del exterior,

raciales y culturales; pero debe reconocerse que el influjo poderoso del *habitat* o ambiente natural se ejercería en el desarrollo y fijación de características morfológicas del hombre mismo, y que se hayan producido *in situ* creaciones y transformaciones de culturas autóctonas.

Así lo vemos en lo que respecta al arte rupestre mesolítico, o sea el del tipo levantino, el cual degenera respecto a expresión naturalística, haciéndose más convencional y simbólico, esquematizándose en signos y transformándose en incipiente escritura geroglífica, a través del neolítico; petroglifos, de los que dió la clave respecto a su edad los de Peña Tú, en las Asturias orientales.

Dos pueblos, principalmente, durante dicho período cultural expansionaron sus ciclos culturales en el ámbito peninsular. Uno, el pueblo neolítico y eneolítico atlántico, muy probablemente autóctono, que tiene su área cultural de origen en el Alentejo, Beira Baixa, Extremadura española y Huelva: pueblo esencialmente ganadero, como se reconoce por los restos de animales, utensilios, vasijas de barro, etc. Cultura abundante en dólmenes, característicos ídolos de placas de pizarra y pictografías rupestres, del tipo de las de Arronches (Portalegre), Alburquerque (Badajoz) y Fuencaliente (Sierra Morena).

En la otra banda peninsular, hacia el Mediterráneo, aparece otra cultura neolítica, sincrónica con la anterior, que tiene su área cultural en la provincia de Almería, expansionándose por las montañas y litoral mediterráneo, hacia el norte y hacia el oeste, sin llegar a las vertientes atlánticas. Cultura de Almería, de características arqueológicas diferentes de sus sincrónicas atlánticas, y con pictografías rupestres especiales, de las que son tipo las pinturas de la Cueva de los Letreros, en Vélez Blanco (Almería). En realidad esta cultura, del sureste peninsular, es de procedencia desconocida; pudiera ser, quizá, autóctona, pero a la que el Dr. Bosch Gimpera considera de origen camita; suponiendo pudiera corresponder a

una primera invasión de pueblos llegados de Africa, que con nuevas aportaciones en los períodos de los metales, dieron origen a los pueblos designados genéricamente con la denominación de iberos.

La más importante invasión en los últimos tiempos prehistóricos sería la de los celtas, venidos a la Península, según los eruditos en esta cuestión, en la primera edad del hierro, hacia el siglo VI antes de nuestra era. Pueblo celta, expandido principalmente por las zonas atlánticas, mientras que los iberos ocupaban las vertientes mediterráneas; surgiendo, de la mezcla de unos y otros, los celtíberos, ocupando las mesetas centrales; mientras que en el valle bético y en gran parte de Huelva, habitaba el pueblo tartesio, de gran cultura y poderío, y del que se tienen datos de su existencia un milenio antes de la era cristiana.

Según expone nuestro nuevo compañero, recogiendo afirmaciones de numerosos y competentes antropólogos extranjeros, el pueblo hispano presenta características especiales, propias y uniformes; diferenciales de las de los otros pueblos europeos y circunmediterráneos. Se puede, en un estudio minucioso, señalar algunas variantes étnicas, en relación, principalmente, con las grandes regiones naturales; pero resalta, en el conjunto peninsular, la gran unidad étnica del pueblo que le habita.

Pueblo expansivo el hispano, extendió su cultura, su religión y su lengua rápidamente por el orbe terráqueo, siendo el primero en explorarle y conocerle en su conjunto.

Pero también en los remotos tiempos de la prehistoria, de los pueblos habitantes entonces de la Península surgieron maravillosos descubrimientos. Así, en el Paleolítico surge el arte representativo de hombres y animales, o sea la pintura y grabado rupestres.

De los tiempos finales del Mesolítico data la manifestación más antigua de la domesticación del caballo, según demuestra la pintura rupestre que tuvimos la suerte de descubrir y foto-

grafiar en los peñoles del Anear; cerca de Boniches, en la serranía de Cuenca, en donde se ve que un hombre, de factura estilizada, sujeta por el ronzal a un caballo de estilo naturalista, en tinta plana.

El profesor Hoyos hace constar que los libioibéricos, según los datos objetivos de Johston y el profesor Antón y Ferrándiz, colonizaron Africa del Norte, llegando los ibéricos hasta las lejanas tierras de Abisinia.

En el Neolítico, por evolución de las pinturas rupestres mesolíticas, se originan las pictografías rupestres de signos, que no pueden ser otra cosa sino escritura incipiente geroglífica.

También en el Neolítico se origina en España el uso del metal, por una primera edad del cobre, según señalaron Eduardo Saavedra y Casiano de Prado y demostró patentemente el profesor Vilanova.

Tal abolengo étnico y cultural, desde las remotas épocas geológicas, en unidades de tiempo, que se cuentan por milenios, y la trayectoria de las sucesivas culturas desarrolladas en el solar peninsular, a lo largo de las edades prehistóricas, protohistóricas e históricas, nos afirman en la creencia de los grandes y gloriosos destinos, que, como en el pasado, ha de seguir desarrollando, en el porvenir, el conjunto étnico que constituye el pueblo que habita la sagrada tierra de la inmortal Hispania.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Mi antecesor.....	4
El tema.....	6
La Etnogenia española.....	9
Base objetiva de la Etnogenia prehistórica.....	13
Las razas de Europa y las de España.....	17
El complejo racial español visto por los extranjeros.....	20
Los hombres fósiles.....	22
Los que no hay en España.....	22
Los Neanderthal en España. La mujer y el niño de Gibraltar.....	23
La mandíbula del más viejo catalán.....	26
Una supervivencia que puede ser trascendente.....	27
Entre los fósiles y los prehistóricos.....	30
Los hombres del paleolítico superior y del mesolítico.....	32
Las razas de Cro-Magnon.....	34
Los dos tipos españoles.....	34
Los cormañones de la Sierra Central.....	37
Los libioibéricos o capsienes en la Península.....	39
Los negroides peninsulares.....	41
Las primeras cabezas cortas de los españoles.....	43
Los cráneos altos hipsicéfalos y acrocéfalos.....	45
Los hombres de la época neo-eneolítica.....	46
Grupos raciales neo-eneolíticos en la Península.....	48
Los tipos craneales de la doble época.....	51
Síntesis raciológica de los hombres prehistóricos.....	53
Los grupos extinguidos y los continuados.....	55
Los nuevos tipos raciales.....	59
Un salto de lo prehistórico a lo actual, borrando la protohistoria.....	62
Antropogeografía.....	65
Diferencias, sí; jerarquización, no.....	67
Las regiones prehistóricas.....	69
Las regiones actuales como guía de las pasadas.....	73
Antropodimámica interregional.....	77
Destinos étnicos.....	79